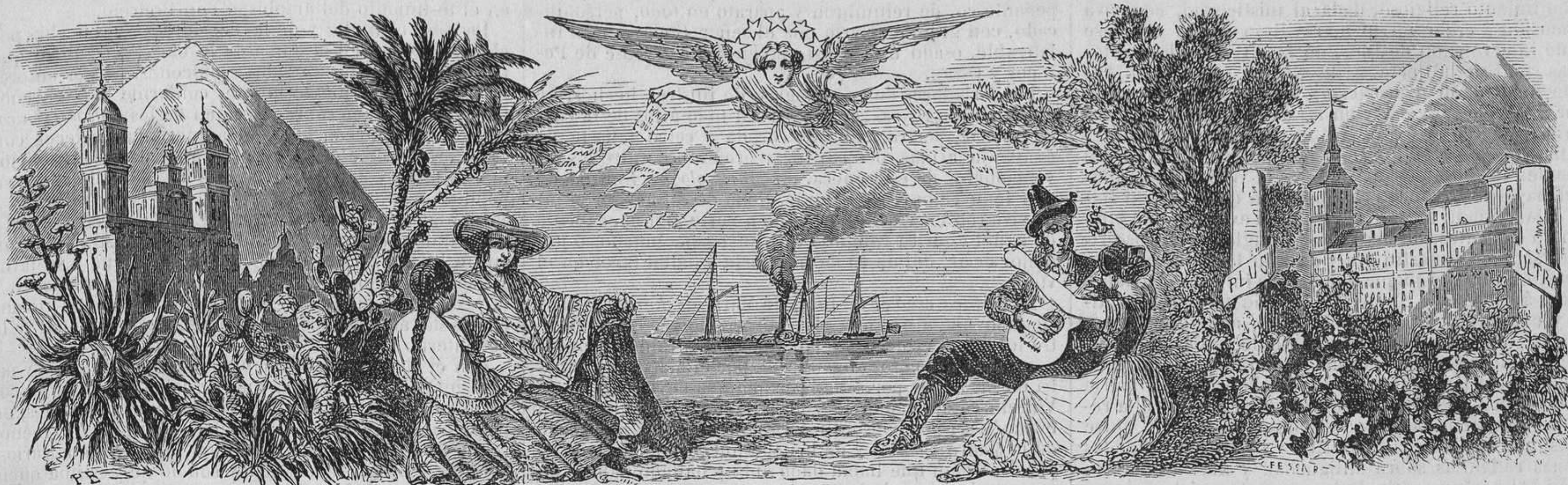


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — N° 838.

SUMARIO

Sourmeli, capitán del « Enosis »; grabado. — **Historia crítica de los falsos cronicones.** — **El castillo de Betania.** — **Los últimos dibujos de Gavarni**; grabado. — **Nassr-ed din Chah**; grabado. — **Revista de París.** — **Las Ilustones.** — **La Conferencia diplomática reunida en París con motivo del conflicto turco-griego**; grabado. — **Manuela, novela original por Eugenio Díaz.** — **El Voluntario**; grabados. — **Los obeliscos egipcios y el simbolismo del valle del Nilo**; grabados. — **Debe y haber, novela escrita en alemán por Gustavo Freitag.** — **Los pescadores de salmon en el Rhin**; grabado.

Sourmeli,

CAPITAN DEL ENOSIS,

VAPOR AL SERVICIO DE LA INSURRECCION
CRETENSE.

Damos en esta primera página el retrato de Sourmeli, capitán del *Enosis*, que desde hace un año, desde el trágico fin del *Arcañi*, abastece á la insurreccion cretense, de acuerdo con Orloff, comandante del navío *la Creta*.

Sourmeli debe figurar en la galería de los hombres que honran á la humanidad con sus heroicas acciones.

« Muchas veces, nos escribe el autor de nuestro dibujo, durante la noche tenebrosa y llena de peligros, he hecho yo con él la travesía de Syra á las costas de Creta, y siempre he podido admirar su sangre fría, su heroismo sencillo y natural, su ciencia náutica tan profunda.

» Ni una luz á bordo ni tampoco el mas leve ruido: tinieblas completas y absoluto silencio. La noche está tan oscura que no pueden distinguirse los dedos de la mano, y sin embargo, como por magia, Sourmeli llega derecho á la bahía de Creta, que le ha sido indicada en sus instrucciones al salir de Syra. Encamínase ahí en derechura por experiencia, por intuición, y no ya por ciencia marítima, ni por cálculo de distancias, imposible en las tinieblas. Mil bahías hay en Creta, y Sourmeli no se ha engañado una sola vez, no ha ido á una cuando debía ir á otra.

» Y allí pasa dos horas, á la sombra de un peñasco, á dos pasos del enemigo, que espía y puede acudir como el rayo con tres ó cuatro fragatas y

destrozarle. Dos horas necesita para arrojar á la playa su cargamento, tres mil sacos de harina ó de galleta, seiscientas cajas de cartuchos, y luego los voluntarios. En cambio toma á su bordo pobres mujeres cretenses para trasportarlas á Grecia, pobres mujeres que están en la húmeda playa, sin vestidos y casi sin alimentos, sino es algunas yerbas silvestres cocidas, pobres mujeres que se escaparon de sus aldeas incendiadas por los turcos, y que desde hace tres ó cuatro meses esperan en la agonía al buque salvador.

» Jamás Sourmeli ha perdido un saco de su cargamento, y jamás le ha desembarcado, no obstante la severa vigilancia del enemigo en ciertos puntos del litoral cretense, sino allí donde tenía orden de desembarcarlo. Y

es de advertir que ha hecho ya mas de sesenta travesías.

» Sourmeli posee toda la bondad del marino. Despues que ha concluido cada una de estas peligrosas excursiones, una vez que se halla en Syra, corre á reunirse con su jóven esposa y con su niño. Y luego, dos dias despues, emprende otro viaje, y así continuará mientras le necesiten.

» Y este hombre que ha hecho vivir á los pobres cretenses, que ha salvado de la muerte por hambre á miles de hombres, que ha trasportado á Grecia centenares de ancianos, mujeres, niños y heridos, este hombre va á ser juzgado como pirata.»

G. F.

Historia crítica

DE LOS FALSOS CRONICONES.

Entre las obras, si pocas en número, notables por su mérito, con que en estos últimos años se ha enriquecido la literatura española, ocupa alto lugar el libro cuyo título encabeza el presente artículo. Dado á luz en tiempo poco á propósito para el estudio detenido y tranquilo de este linaje de escritos, seria de temer que no fuese tan leído y estimado como merece, teniendo en cuenta asimismo la comun ignorancia y general desapego á la seria y provechosa lectura. Esto me mueve á tomar en su elogio la pluma, sin que deba entenderse que pretendo autorizar libro tan altamente calificado por nuestra insigne Academia de la historia; pues fuera empresa que demostraria vanidad imperdonable, sobre ser de ningún fruto.

Historia crítica, que no refutación ó censura, de los falsos cronicones es el libro del señor Godoy Alcántara; de suerte que no tendria fundamento ni aun la tacha de ser excusado trabajo, en tiempo en que los falsos cronicones no son estimados ni siquiera leídos, y en que al alcance de todos se hallan la *Defensa de la Historia de España contra el padre Higuera*, que escribió el celeberrimo don Nicolás Antonio, y con el título de *Censura de historias fabulosas*, dió á la estampa don Gregorio Mayans, y el *Norte crítico de la Historia*, que escribió el padre Segura. La breve, sencilla y fiel exposicion de los falsos cronicones basta al señor Godoy Alcántara, sin mayor esfuerzo, por lo comun, para demostrar su no autenticidad y poner de bulto las falsedades en que abundan, volviendo



Sourmeli, capitán del *Enosis*, vapor al servicio de la insurreccion cretense.

todo su cuidado á darnos á conocer los móviles que á fraguarlos impulsaron, la impresion que hicieron en los contemporáneos y las necesidades ó deseos que, en cierto modo, vinieron á satisfacer. En este trabajo no tenia predecesores el señor Godoy, y mucho menos en el modo elevado y verdaderamente filosófico como lo desempeña.

En el último tercio del siglo XVI fija el escritor sus miradas y halla nuestra patria fuertemente excitada en su sentimiento religioso, dada al misticismo, con viva propension á creer en lo maravilloso y que denotase visible intervencion de Dios, de la Virgen y los santos en las cosas de la tierra, y de España sobre todo. Advierte inclinación á profecías; grande reaccion en el amor á la vida religiosa y en las austeridades y rigores de esta: nota el gran número de santos y de escritores ascéticos que ofrece España en aquel periodo, y teniendo presentes antiguas creencias sobre la venida de Santiago el Mayor á esta tierra, la aparición de la Virgen María, dejando aquí su efigie, y sobre la existencia de gran número de santos, de mártires y de iglesias en los primeros siglos de nuestra era y aun en los tiempos apostólicos, é infiere, ó mejor dicho, deja inferir que cuanto viniese á confirmar con el testimonio de escritor antiguo y con título de bien informado, aquellas veneradas tradiciones, habia forzosamente de hallar crédito y aplauso. Juntábanse con lo dicho, la vanidad local, municipal y eclesiástica, interesada en honrar á su patria con el mayor número de santos naturales ó en ella residentes y martirizados, cuestiones de primacía entre varias metrópolis de la península y competencias de las órdenes religiosas sobre antigüedad y mas aventajado origen. Al común sentir de los españoles y á la opinion é interés particular de Toledo satisfacen, por lo general, los cronicones de Dextio, Máximo, Luitprando y Julian Perez, que fraguó el célebre jesuita toledano, Romano de la Higuera; pero otras ciudades é iglesias entran en la contienda y hallan no menores testimonios á sus pretensiones y timbres de gloria no inferiores.

La ciudad de Granada, su afición á disputas teológicas, milagros y veneración á reliquias, descollaba sobre todas, como poblacion *neófta*; que de tal puede ser calificada. Los que en ella y por halagarla se diesen á forjar invenciones, sobre ennoblecerla con largo catálogo de santos y reliquias, natural era que apoyasen la creencia en la Inmaculada Concepcion, de que sus moradores eran muy devotos, que ensalzasen á Granada, como á teatro de grandes maravillas y ciudad á grandes cosas predestinada. Muy luego y por misteriosa manera aparecen los documentos que, por dar satisfaccion á dichas aspiraciones, habian de despertar el ardiente entusiasmo de los granadinos. En 1588, al derribar una viejísima torre en el sitio en que se iba á edificar la catedral, hállanse el famoso pergamino, bien descrito por el señor Godoy Alcántara, y dos tan preciosas reliquias como la mitad del paño con que Nuestro Señor, enjugó sus lágrimas en la pasion de su Hijo sagrado, y un hueso de san Estéban, primer mártir. Pero á este hallazgo sucede en breve otro aun de mayor precio. Parecen en 1595 las láminas de plomo del *monte Ilipulitano*, así llamado en ellas, con cenizas y pedacillos, que los entendidos declaran ser huesos quemados, y que una junta de teólogos, reunida por el arzobispo, califica de reliquias dignas de veneracion, como que eran de los discípulos del apóstol Santiago, san Cecilio, san Hiscio y san Tesifon, y de los discípulos de estos, que en las cavernas de aquel monte padecieron martirio por el fuego en el segundo año del imperio de Neron: todo conforme al testimonio de los *libros de plomo* que, tenidos por legítimos y llenos de sana y católica doctrina, alcanzan general crédito en España, y en Granada frenética adhesion. Pues estos libros nada menos contienen que una heterodoxa explicacion de las naturalezas divina, angélica y humana, y de cuanto cae en el dominio de la religion: mezcla informe, y las mas veces absurda, de los dogmas cristianos y mahométicos que se intenta hermanar, ó mejor dicho, fundir en uno solo. Pues estos libros son como una tentativa para reconciliar y unir á los cristianos viejos y á los oprimidos y menospreciados moriscos: estos libros encierran un consuelo y una esperanza á los abatidos descendientes de los antiguos conquistadores: á su dominacion pasada dan títulos de legitimidad, y para tiempos muy cercanos prometen nueva exaltacion á los árabes debajo del imperio turco. La exposicion que de estos libros hace el señor Godoy Alcántara, es detenida, clarísima y elegante; atinadas las consecuencias que deduce; discretas las conjeturas sobre sus autores, y admirables los retratos que presenta de los moriscos Miguel de Luna y Alonso del Castillo, forjadores, en su sentir, de aquellos peregrinos libros. Tal es el mérito de estos pasajes, que apartan del intento de extractarlos y aun dar idea de ellos. Por mi parte no vacilo en declararlos lo mas excelente del libro.

Referidas por el señor Godoy las vicisitudes que corren, dos hallazgos de la torre Turpiana y el Sacromonte, cuyos plomos tenian patronos como el hábil y erudito crítico don Nicolás Antonio, no mucho antes de ser declarados supuestos y apócrifos por bula del papa Inocencio XI, y reprobados como imposturas y ficciones: notada agudamente cierta analogía entre el espíritu y tendencias de estos libros y los de la *Verdadera historia del rey Don Rodrigo*, por Tarif Abentarique, que fingió y dió á estampa en Granada Miguel de Luna en 1592, llegamos á la segunda época, que así puede decirse, de los falsos cronicones. Despues de los grandes inventores vienen los crédulos, los defensores y los imitadores. Entre ellos se cuentan los padres Murillo y Bibar, los dos

Tamayos, Gaspar Escolano, el padre Argais, don José de Pellicer, la célebre religiosa Maria de Agreda, autora de la *Mística ciudad de Dios*, y el nunca bastante abominado Lupian de Zapata.

Subsisten en el siglo XVII las causas que llevaban en el anterior á fingir los cronicones, y producian la credulidad y el aplauso; mas otras diversas habian de aparecer é imprimir otros muchos á las invenciones, conforme al espíritu de aquel siglo pleitista, linajudo, pedantesco, de relumbron y aparato en todo, personificado, con grande acierto por el señor Godoy, en el infatigable, osado é indigesto polígrafo, don José de Pellicer y Ossau.

Los forjadores de genealogías, de ilustres hechos, de antiquísimos reyes, semejantes en todo á los de la casa de Austria, pertrechados de corona y cetro y hasta de escudo de armas, ocupan lugar preferente entre los invencioneros de esta época. *El Martirologio Español* de don Juan Tamayo de Salazar, lleno de santos que nunca vivieron en España, ni aun en parte alguna, es fruto de aquel espíritu religioso que ya se ha notado, ó por mejor decir, del deseo de halagarle y hallar favor en el vulgo.

La *mística ciudad de Dios*, de Maria de Agreda; libro singular que á primera vista sorprende ver contado entre los falsos cronicones por ser exclusivamente místico, es con todo eso, engendrado por el afán que reinaba en las almas por saber pormenores de la vida de la Virgen, completando la sóbria y majestuosa narracion evangélica; por consentir á España en lugar predilecto de la Madre de Dios y de los apóstoles y hollado por sus pisadas: afán que habia dado vida y hallado pábulo en varias relaciones de los fingidos libros de que se ha hecho mencion.

El *cronicon* del monge Hauberto fraguado por Lupian de Zapata, entre absurdas fábulas, deja ver el intento de favorecer la primacía de Tarragona.

El *cronicon* de Pedro Orador, fingido por Pellicer, es fidelísimo retrato de su autor y del gusto de la época. En la siguiente centuria dió origen al monstruoso engendro del académico Huerta y Vega titulado *España primitiva*.

Todavía alcanzaron crédito y favor los falsificadores cuando aparecen sus impugnadores, entre los cuales brillan el marqués de Mondejar y don Nicolás Antonio. No es esto decir que antes de dichos escritores faltara quien notase las ficciones y procurase echar por tierra el favor que con el público lograbán.

El insigne don Juan Bautista Perez, obispo de Segorbe; Benito Arias Montano, don fray Prudencio de Sandoval, don Martin Carrillo, abad de Montearagon, y el nunca bastante alabado Juan de Mariana, sobre advertir la falsedad de los cronicones fraguados por Romano de la Higuera y de los hallazgos de la torre Turpiana y el Sacromonte, en cartas y conversaciones y aun en escritos al propósito trataron de desacreditar aquellas ficciones; pero su voz se perdió entre la credulidad y el aplauso de los mas; casi podríamos decir de España entera. No se piense que Mondejar y Nicolás Antonio emprendieron fácil trabajo al desenmascarar á los autores de los falsos cronicones y señalar las ficciones en que estos abundaban. Prueba es de lo contrario que la *Defensa de la historia de España contra el padre Higuera*, escrita por don Nicolás Antonio, hasta el siglo siguiente no vió la luz pública por la diligencia y buen celo del erudito Mayans.

La tarea de estos eruditos no es, sin embargo, infructuosa. Sus impugnaciones obtienen completo éxito entre los doctos y juiciosos y van conquistando, poco á poco, á la generalidad de las gentes. Desautorizados los anteriores falsarios, no hallan imitadores, y Medina Conde y sus dos compañeros, así como don Faustino Borbon, ejercen corta influencia en las opiniones y quedan relegados al olvido muy en breve.

Del libro del señor Godoy se infieren lo mal parada que á principios del siglo pasado se hallaba nuestra historia eclesiástica, y la alabanza y gratitud á que es acreedor el padre Enrique Florez por haberla puesto, con su erudicion y desusada crítica, en el punto de perfeccion en que hoy la contemplamos.

Cumplida justicia hace el señor Godoy al mérito de aquel insigne varon, sin que puedan tacharse de exagerados sus elogios, pues no bastan los lunares que el *magnum opus* del padre Florez pueden señalarse, á rebajar su precio, habiendo abierto el camino, en lo que no acertó, á los venideros que, en historia eclesiástica de España, serán siempre llamados discípulos suyos.

Otras consecuencias, muy de notar, da de sí tan estimable libro. Es la principal que, por lo tocante á los falsos cronicones, débese distinguir entre lo apócrifo de la relacion y la falsedad de lo relatado. Ligereza indisculpable fuera el calificar de absurda y temeraria la fábula venida de Santiago á España, por ser asunto predilecto de los falsos cronicones.

La venida y predicacion del apóstol se apoya en muy antigua tradicion, de que hay testimonios en el pasaje de la obra *De vitu et obitu Patuum*, comunmente atribuida á san Isidoro, y en un himno del oficio gótico, en el que hallamos estas palabras, no citadas por el señor Godoy:

*Regens Joannes destin salus Asiam
Ejusque frater politus Spaniam.*

Fuera de que el hallazgo de su sepulcro en el siglo IX, reinando Alfonso el Casto, manifiesta, como atinadamente observa el señor Godoy, que de tiempo atrás se creia en su venida á España. Semejante al hecho an-

terior es la predicacion en España de los siete *varones apostólicos* enviados por san Pedro y san Pablo, consignada como antigua tradicion en el himno de su festividad en el oficio gótico.

Y no menos seria indiscreto el rechazar como fábula las pruebas del duelo y del fuego á que, en tiempo de Alfonso VI, se sujetaron el Breviario romano y el gótico, por hallarse esta noticia en el *cronicon de Julian Perez*; supuesto que tiene apoyo en antiguas Memorias y en el testimonio del arzobispo don Rodrigo.

De estos ejemplos y de las consideraciones hechas por el señor Godoy en el curso de la obra, se deduce que todo es falso en los fingidos cronicones, ni por autores inventado. Recordando lo que, conforme con el señor Godoy, dejo dicho sobre el origen de los falsos cronicones, se verá que con frecuencia querian robustecer, con la autoridad de escritor cercano á los sucesos, tradiciones antiguas y generalmente creidas, lo cual explica su popularidad.

En algo se asemeja la tarea de los falsos cronicones á la de quien, creyendo de buena fe le asistia la razon en un litigio, forjara un documento con que á su favor se decidiese. Por esto hay en ellos cosas verdaderas, y lo peor y mas fácil de descubrir son las meras invenciones del autor, hijas del interés, de la vanidad ó la pedantería.

Con el tiempo van aumentando estas últimas, y así van siendo los cronicones mas descabellados, grotescos y ampulosos. Puede afirmarse que, en los principios, no pequeña parte de lo que se refiere es creído ó lo menos reputado como muy verosímil por los mismos falsarios.

Cumpliendo el señor Godoy con lo que estima oficio fundamental de la crítica, que es tener en cuenta los diversos estados del espíritu humano, para juzgar y quilatar con acierto sus producciones, va señalando con singular tino todos los antecedentes de los falsos cronicones, todas las circunstancias que motivan su aparicion, todas las que justifican el crédito y favor que hallan. A sus ojos tiene explicacion hasta el extraordinario libro de Maria de Agreda, tan ásperamente censurado por Bossuet.

Cree el señor Godoy que halla cada generacion el libro que necesita: manera de ver tan noble como filosófica, que aplicada en toda la obra, hace de ella un modelo de crítica, tan distante de las puerilidades y menudencias, como de las huecas y pomposas generalidades.

Sobresale asimismo el señor Godoy en el juicio de los escritores, como literatos y como hombres. Notadas están la verdad y elegancia de los rasgos con que retrata á Miguel de Luna, Alonso del Castillo y don José de Pellicer.

Tambien está Roman de la Higuera pintado de mano maestra. Parece que vemos al buen jesuita, audaz en sus supercherías, y al propio tiempo meticuloso y vacilante, afanoso por honrar á Toledo su patria, y adquirir fama de rebuscador infatigable, adulador del vulgo y amigo de dar gusto á todos.

Con notable acierto juzga el señor Godoy á Ambrosio de Morales y Juan de Mariana, lumbreras de nuestra historia; pero echo de menos, al tratar del último, el exámen detenido del lugar que dió ó negó en su *historia* á la relacion de los falsos cronicones. Desde que don Gregorio Mayans, en su *prefacion* á las *Advertencias* del marqués de Mondejar á la *Historia de España* de Mariana, separó en el texto de la edicion de esta obra, hecha en 1623, notables variantes con respecto al de la edicion de 1608, tenido por el mas puro y genuino, se ha creído generalmente por los eruditos que en la citada edicion de 1623 se hicieron por segunda mano interpelaciones, con la doble mira de divulgar las relaciones de Dextio y sus compañeros, y de levantar su estimacion con la autoridad de Mariana.

Esta opinion, compartida por el director de la bella edicion hecha en Valencia, en el pasado siglo, halla fundamento en la circunstancia de abundar las citas de Dextio y de otros falsos cronicones en los pasajes alterados, cuando Juan de Mariana los tenia por fingidos y supuestos, segun manifiesta en carta escrita en 1616, y en la de no haberse hecho esta edicion á vista y con aprobacion de Mariana; sino acaso despues de su muerte.

Un atento estudio comparativo de esta edicion y las anteriores, singularmente la de 1608, junto con el de los demás antecedentes, hubiera esclarecido tan grave cuestion y permitido al señor Godoy juzgar mas detenida y seguramente la *Historia de Mariana* en lo tocante á si dió ó no cabida á la narracion de los falsos cronicones. Si el asunto no lo exigia, tampoco lo rechazaba; y en tal caso, no debe echar de sí la fatiga quien, como el señor Godoy, tiene, para conllevarla, mas que suficientes fuerzas.

Y por otra parte, demostradas y señaladas las intercalaciones, que algunos achacan á Roman de la Higuera, constituirian un dato curiosísimo en la incesante obra de la falsificacion emprendida por el jesuita toledano y sus secuaces. De no haber dilucidado ampliamente este punto, debió á lo menos el señor Godoy apuntar la especie, dejando en suspenso el juicio sobre la influencia de los falsos cronicones en la *Historia de Mariana*.

De estas ligeras y desordenadas observaciones, bien distantes de un exámen crítico, se desprende cuánto hallo que alabar y cuán poco que censurar en el libro del señor Godoy Alcántara.

EMILIO ARJONA Y LAINEZ.

El castillo de Betania.

I.

Han pasado diez y ocho siglos desde el día en que asombró á Jerusalem el hecho portentoso que vamos á recordar.

Augusto habia descendido al sepulcro despues de un reinado de cuarenta y cuatro años, y hacia diez y nueve que Tiberio regia los destinos del mundo.

Roma, cargada con los despojos de todas las razas, era inmensamente grande.

La habian enaltecido capitanes como César, poetas como Virgilio, historiadores como Salustio y oradores como Ciceron.

Habia levantado monumentos cuyas ruinas aun hoy día contemplan con asombro los sabios de todas las naciones.

Celebraba festines en que hacia caer sobre salones de oro una lluvia de perlas, y derramaba el agua de sus fuentes los aromas mas puros de la Arabia.

Surcaba los mares con galeras de cedro, que tenian velas de raso y proas de marfil, y la acompañaban mujeres como Lolia, que lucia en una fiesta adornos por valor de cuarenta millones de sestercios.

Pero la ciudad eterna, centro de la civilizacion y emporio de todas las grandezas, tenia el alma depravada y el corazon corrompido.

Era el trono de todos los vicios. Era el sepulcro de todas las virtudes.

La saludaban con los títulos de Roma libre, Roma justa, Roma magnánima. Y Roma libre hacia la apotheosis de los tiranos; y Roma justa mutilaba á los niños expósitos para que vagabundos obtuvieran por un medio vil una limosna: y Roma magnánima gozaba en contemplar las entrañas palpitantes de sus hijos desgarrados en luchas sangrientas por las fieras.

La señora del mundo era una gran meretriz.

Con seis millones de habitantes que contaba dentro de sus muros, no podia hallar seis vírgenes que en el templo de Vesta cuidaran de mantener el fuego sagrado, y se veia precisada á aumentar los privilegios de las Vestales, admitiendo en el glorioso sacerdocio á las hijas de los libertos.

En cambio las doncellas descendian á la arena con los gladiadores, y las matronas se prostituian con las mujeres perdidas.

Tenia meretrices como Actea y Popea, y cortesanas que danzaban en honor de Flora en obscenas Lupercales.

Sostenia teatros en donde se representaban la embriaguez y el adulterio, y ostentaba en sus farsas las caricias lúbricas de Dánae y Ariadna.

Abonaba el suicidio, ignorando el camino de la vida.

Una noche ébria de amor y de placeres se acostó en su lecho de rosas inclinada la frente por el peso de los laureles, y soñó.

Soñó que de Oriente surgia una luz misteriosa, que se iba dilatando como un sol infinito, atravesando todos los hemisferios y disipando todas las tinieblas.

Y vió al través de aquella luz desconocida el cuadrante de la eternidad que señalaba la hora de una era nueva.

Y le pareció que los dioses huian: y que el Capitolio se estremecia en sus cimientos.

II.

Los últimos rayos del sol, que se ocultaba tras los montes de Jerusalem, doraban con débil luz desde un cielo pálido la torre mas alta del castillo de Betania.

Dos mujeres estaban reclinadas en el antepecho de un delicioso mirador, absortas al parecer en una vaga contemplacion.

Las dos eran jóvenes y hermosas.

La mayor ocultaba en el fondo de un corazon pulcro todas las virtudes, y las practicaba en el silencio.

Modesta como el lirio del valle, crecia en la soledad como una violeta entre los musgos del desierto. Era dulce como el murmurio de las auras: pura como el sueño de una virgen.

En la blanca frente de la menor se notaban algunas arrugas precoces.

Rizos de sedoso cabello caian ondulantes sobre sus espaldas, y sus ojos negros, velados por hermosas pestañas, tenian una languidez indefinible. Su tez era fina y sonrosada: su cintura era mórbida y flexible.

La una era todo candor y dulzura: la otra toda passion y amor.

Las dos tenian fijos los ojos en una colina coronada de nardos, y suspiraban. En la falda de la colina se descubria la boca de una gruta, que cerraba una gran piedra.

En el fondo de la gruta dormia el sueño de la muerte un joven á quien las dos habian amado con ternura.

— ¡Ha muerto! exclamaban con acento dolorido. Y un torrente de lágrimas brotaba de sus ojos como una lluvia fecunda.

— ¡María! ¡por qué no ha venido nuestro esperado huésped! ¿Creeis que no le habria curado, si hubiese llegado á tiempo? ¡Pobre hermano!

— Sí, Marta, él le habria salvado. El posee el don de curar todas las enfermedades del cuerpo y todas las dolencias del alma. El da vista á los ciegos y movimiento á los tullidos. El anda sobre las aguas del mar, y apacigua las tormentas.

En aquella hora llegaban á la aldea muchos judíos de las cercanias de Jerusalem, que venian á llorar sobre el sepulcro de Lázaro y á consolar á sus hermanas.

La noche iba cubriendo con su negro manto el castillo de Betania, y se oian en los valles los suspiros de las brisas pasajeras.

Despues reinaba en la aldea un silencio profundo.

III.

Marta la mañana siguiente habia salido del castillo.

— ¡Señor! exclama al verle, ¡ha muerto! Habeis llegado tarde.

— Marta, responde el divino Médico, tu hermano resucitará.

— ¡Oh! bien sé, repone Marta, que resucitará en el último día.

— Marta, yo soy la resurreccion y la vida, y el que cree en mí vivirá en la eternidad.

Al oir estas palabras, corre Marta á buscar á su hermana, y le dice:

— El Maestro acaba de llegar.

Y habiendo salido María apresurada, se prostró á los piés de Jesús exclamando:

— Señor, si hubiéseis estado aquí, mi hermano no habria muerto. Y empezó á llorar. Una nube de tristeza, cruzó rápida la frente de Jesús, y asomó á sus divinos ojos una lágrima de amor y de ternura.

— ¡Ved cómo le amaba! exclamaban los judíos: ¡él que hizo ver la luz á un ciego de nacimiento, y ha obrado tantas maravillas, no pudiera haber hecho que Lázaro no muriera!

— ¿Dónde habeis enterrado á Lázaro? preguntó Jesús á Marta y á María.

— Venid, y os conduciremos al sepulcro.

Y todos fueron á la gruta donde reposaba el cadáver.

Jesús se contristó y lloró. Y habiendo mandado que quitasen la losa, Marta, le dijo:

— Ved que hace cuatro días que está enterrado, y el cuerpo en estado de descomposicion ya hiede.

— Marta, le contestó Jesús, ten fe, y verás la gloria de Dios. Y alzando los ojos exclamó: Padre, te doy gracias porque me has oido: Y volviéndolos hácia el sepulcro gritó con voz alta: Lázaro, ven fuera.

Y Lázaro á la voz del Salvador se levantó y salió de la sepultura atados los piés y las manos con vendas, y cubierto el rostro con el sudario.

Entonces Jesús les dijo:

— Desatadle, y dejadle ir.

Y los judios viendo cómo andaba aquel á quien acababan de mirar muerto, exclamaban llenos de asombro:

— Verdaderamente el que obra estos prodigios es el Mesías anunciado por los profetas.

Y dieron testimonio de lo que habian visto, y glorificaron á Jesús.

IV.

El mundo cargado con los vicios de todas las razas, habia muerto moralmente.

Su cadáver yacia en el sepulcro marcado con aquellas tintas que deja en la demacrada piel un veneno corrosivo.

Los mas grandes genios, los mas profundos filósofos, los mas ilustres legisladores, todos los dioses del paganismo habrian sido impotentes para resucitar á Lázaro.

Solo el Hijo de Dios, que se ofreció en holocausto para regenerar al hombre, podia resucitar con su palabra omnipotente al mundo muerto.

El que resucitó á Lázaro, dijo al mundo caido: Levántate y anda.

Y el mundo á la voz del Salvador empezó á removerse desde el fondo de su tumba, desprendiéndose de sus ligaduras con que la corrupcion universal habia atado sus piés y manos, y arrojando el manchado sudario con que se hallaba envuelto su cuerpo que hedia.

Y empezó á andar gradualmente, y á cobrar mayores fuerzas cada día, y á robustecerse de una manera portentosa.

Y unos pescadores de Galilea llenos de espíritu de Dios, iban de pueblo en pueblo predicando la moral mas sublime y pura que el oido humano hubiese escuchado jamás.

Y llevaban la caridad y el amor mútuo á todas las regiones conocidas.

Y los lazos rotos de la sociedad se unian y estrechaban.

Y los hijos de los hombres se identificaban en el Hijo de Dios.

Y se alzaba el anatema que pesaba sobre la mujer.

Y el hombre recobraba el sentimiento de su dignidad perdida.

Una mañana al despertar la señora del mundo, vió sentarse en el trono de los Césares al vencedor de Majencio, que desterrando del Capitolio á las falsas divinidades, daba una existencia social al cristianismo.

Entonces se acordó de aquella luz misteriosa que una noche habia visto surgir del Oriente como un sol infinito, atravesando todos los hemisferios, y disipando todas las sombras.

El sueño habia sido una realidad.

Desde aquel día marcha con planta segura de progreso en progreso civilizado por la Cruz, que se ostenta triunfante en todas las regiones de la tierra como simbolo de amor y de caridad, y emblema de una gloria inmarcesible.

José BLANXART y CAMPS.

Los últimos dibujos de Gavarni.

EL MES DE ENERO.

Hé aquí uno de los dos últimos dibujos que ha trazado el lápiz de Gavarni, y que representa el mes de Enero. El otro, que nos falta que publicar, es el mes de Febrero; mas el de hoy, esa personificacion de Nivoso, ese anciano mercader de juguetes que vende muñecas en el bulevar, es exactamente el último dibujo de Gavarni. En ese estado le dejó; aun trabajaba en él, aun sombreaba los segundos términos con tinta china, quizás su pincel no estaba seco todavía, cuando la muerte implacable vino á interrumpir para siempre su tarea.

Esta obra es como un resumen filosófico de todo Gavarni: en ese diseño está todo el artista. El viejo escéptico que vende juguetes tiene un modo de mirar á la muñeca que lleva en la mano muy característico. Y luego, esa muñeca es la mujer que Gavarni, siguiendo el precepto de M. de Sartines, ha buscado tanto, y todos los epigramas de Gavarni acuden á la memoria ante la sardónica sonrisa de Nivoso. Si alguien escribe jamás un libro sobre Gavarni, le recomendaríamos este último producto del moribundo, ese testamento del artista, que en una línea, en un rasgo, en un borron se descubre cual es, poniendo en evidencia el secreto mismo de su talento. Bajo este concepto el diseño en cuestion tiene un valor de que carecen las obras acabadas; porque aquí están el acento, la emocion, la vida misma del artista, es la escritura del poeta con sus enmiendas, sus vacilaciones, la fiebre ó la seguridad de su mano. Tal es la superioridad del croquis, ó el embion de la obra maestra.

J. G.

Nassr-ed-din Chah.

Su Majestad Nassr-ed-din Chah, nacido en 1829, reina en el imperio persa desde 1848. El príncipe heredero, Musafér-ed-din-Mirza, nació en 1848.

Durante los últimos años del reinado de Mohammed Chah, que estuvo enfermo largo tiempo, bajo la arbitraria administracion del gran visir Hadji-Mirza-Agassi, el desórden vino á ser general, y solo á fuerza de inteligencia y de valor Nassr-ed-din Chah pudo subir al trono, venciendo á su competidor Salar, con lo cual volvieron las cosas á entrar en órden.

No podemos hacer mas que citar rápidamente los principales resultados ya obtenidos por un soberano que en el cumplimiento de sus útiles reformas, tuvo que superar grandes obstáculos.

La embajada de S. E. Farrouck-Kan dió á conocer mejor la Persia en el extranjero, y produjo el establecimiento de legaciones persas en Paris y en Londres. En 1858, el Chah suprimió el cargo de *sadrizam* (primer ministro), pues quiso gobernar por sí con el auxilio de un consejo de ministros. Desde entonces no se ha tomado ninguna resolucion importante sin la anuencia de Su Majestad.

Vamos á enumerar las principales de sus numerosas reformas: la organizacion de las postas de caballos; las líneas telegráficas que ponen en comunicacion á la Persia con la India, la Turquía y la Rusia; las construcciones de carreteras; la fundacion de un colegio donde los alumnos aprenden lenguas extranjeras, mientras reciben una instruccion científica; el envío de jóvenes persas á Europa, para que sigan los cursos de las escuelas ó aprendan en los talleres; las tentativas para introducir industrias perfeccionadas, creando á toda costa una filatura, una cristaleria, una fábrica de papel, otra de refino de azúcar, otra de bugias, etc.; los ensayos de reorganizacion del ejército y del material de guerra, etc.

En 1863, la prensa periódica estaba representada únicamente por el periódico oficial (*Rous namé dooulety*); pero en el día hay dos diarios independientes, que son: el Nacional (*Rous namé millety*) y el diario científico (*Rous namé elmieh*), publicado en persa y en francés.

Creemos que son de notar estos progresos.

M. R.



El último dibujo de Gavarni. — El mes de Enero.



*DITHEIL *cc

El Chah de Persia y el principe heredero

Revista de Paris.

La semana que acaba de trascurrir ha dado largamente ocupación á la crónica. La apertura de la legislatura de 1869, el gran baile del Hotel de Villa, los preparativos para las nuevas fiestas en palacio, casamientos notables, sesiones académicas, hé ahí un catálogo de acontecimientos de mayor cuantía, que sin contar las reuniones particulares, que no han sido escasas por cierto, ha suministrado materia para descripciones leídas con avidez por los que se interesan en el movimiento de la vida parisiense. Es á la verdad un diluvio de fiestas mundanas, como solo se ve á la aproximación de los bulliciosos días de Carnestolendas. Añadiendo ahora los bailes de máscaras, que están en toda su fuerza en la actualidad, tendremos una idea cabal de lo que es Paris en este período de la temporada.

Si de aquí pasamos á los hechos que interesan mas particularmente á la crónica general, encontramos que la semana no ha sido menos fructuosa. Ventas célebres en el hotel Drouot, novedades teatrales, anuncios de obras literarias, de esas que, traducidas en todas las lenguas, están destinadas á correr el mundo; de todo ha habido un poco: decididamente, no nos cansaremos de repetirlo, el invierno es la gran estación para la crónica.

Los lectores deseosos de conocer las grandezas del mundo aristocrático hallarán abundantes noticias sobre las fiestas de Paris en nuestra nueva publicación de modas; y así es que con los hechos que, como hemos dicho, interesan mas generalmente, completaremos aquí el cuadro.

Entre las ventas que en estos últimos días han tenido efecto en el hotel Drouot, ha llamado la atención muy especialmente la de las alhajas de la duquesa de Sexto, que fué seguida de otra almoneda de ropas y encajes pertenecientes á la misma señora.

Sabido es que la duquesa de Sexto es rusa de nacimiento, que vino á ser francesa por su enlace con el conde de Moroy, y que hoy es española por el que ha contraído con el duque cuyo nombre lleva.

Parece ser que la duquesa no quiere conservar nada de cuantos bienes tuvo con su primer esposo, y así se comprende que se haya querido desprender hasta de sus encajes y ropas. Las alhajas se vendieron bien; hubo aficionados que pujaron con empeño los diamantes y las perlas; mas en cuanto á los últimos artículos, seguramente habría sido preferible que la duquesa los regalara á un establecimiento de beneficencia. Así es Paris: que una señora, si quiera sea de la sociedad mas aristocrática, se desprenda de sus muebles y adornos, y apenas acudirá á la venta esa turba de traficantes que hace oficio de este comercio; pero que una actriz de las mas afamadas, y no por su talento; que una dama de ese *medio-mundo* que se da ya el tono de una aristocracia, en vez de esconderse en la sombra con vergüenza, saque tambien á pública subasta su mueblaje y sus joyas, y se verá acudir una muchedumbre deseosa de contemplar los esplendores de su habitación y de llevarse alguna reliquia. Para muchas esto es un negocio.

Es verdad que de antemano la crónica entusiasta nos ha puesto al corriente del lujo y la ostentación que reinan en tales moradas. Aquí, se nos ha dicho, el suelo del salon está formado de finos mosaicos; allí hay un tecno sembrado de rubíes, un cielo de pedrerías; se fija de antemano el valor de los muebles, de los espejos, de los cortinajes; sabemos que hay preciosidades artísticas tasadas en tanto; en suma, se despierta hábilmente la curiosidad sobre estas moradas de las divinidades del Olimpo parisiense. Preparadas así, las almonedas producen cantidades exorbitantes.

Para esto siempre abunda el dinero en Paris; lástima no sea tambien lo mismo cuando se trata de una obra de interés científico, ó caritativa ó patriótica.

Aquí está por ejemplo el proyecto de M. Gustavo Lambert, que no obstante los grandes esfuerzos de su iniciador, no consigue recaudar la suma necesaria para emprender la expedición científica de que hemos hablado ya á nuestros lectores. Ni viajes por las provincias, ni conferencias, ni llamamientos por medio de la prensa, nada es bastante á estimular la suscripción, y es de creer que fracase la idea.

¿Sucederá otro tanto con una suscripción que acaba de iniciarse para elevar una estatua á un hombre que el pueblo francés considera como un héroe? Es este el general Daumesnil, llamado en Francia « el héroe de la pierna de palo », y cuya memoria merece seguramente la erección del proyectado monumento.

El comité director, en el que figuran generales, senadores y arquitectos, acaba de publicar un opúsculo, que tenemos á la vista, y del que vamos á extractar los siguientes datos sobre la historia del afamado general « que no quiso rendirse ni venderse. »

Nacido en Perigueux, en 1776, Pedro Daumesnil ingresa en el ejército á los quince años, y despues de haberse batido en los Pirineos, donde recibe su primera herida, va á incorporarse al ejército de Italia, mandado por el general Bonaparte, á quien salva la vida en la jornada de Arcola.

Seis banderas tomó Daumesnil en aquella gloriosa campaña.

Luego pasa á Egipto, al cuerpo de guías del general en jefe, que quiere tenerle á su lado.

En Aboukir, Daumesnil toma el estandarte del capitán bajá, bandera santa del ejército otomano,

Estando en las murallas de San Juan de Acre, el general Bonaparte le condecoró con un sable de honor, en nombre de la patria.

Figuró en todos los combates del ejército de Egipto, como había figurado en los del ejército de Italia, y en todos se distinguió por su valor, así como en casi todos salió herido.

De Oriente fué á Marengo, donde tomó parte en la carga de caballería que dió la victoria á las armas francesas.

Tambien se distinguió en Austerlitz, en Eylau, en Friedland y en Eckmuhl; cada grado le costó una campaña.

Coronel á treinta y dos años, Daumesnil servía en los cazadores de la guardia imperial, regimiento predilecto del emperador, quien á menudo vestía su uniforme.

En los días 5 y 6 de julio de 1809 tuvo efecto la gran batalla de Wagram. Los dos ejércitos suspenden el combate para admirar la inmensa carga de la caballería francesa. A la cabeza de los jinetes, que pasan como un huracán, se ve al mariscal Bessieres, al general Lassalle y al coronel Daumesnil, los tres famosos por diversos títulos en las filas del ejército. Los dos primeros caen muertos, y Daumesnil sale con una pierna rota por las balas de la artillería austriaca. El día siguiente fué amputado por el barón Larrey.

Veinte y tres heridas había recibido con esta Daumesnil; ya era el fin de su vida de soldado. El hombre que en la pelea había perdido diez y nueve caballos, se mostró desde entonces bajo un nuevo aspecto, que debía acabar de inmortalizar su nombre.

Napoleon nombró á Daumesnil general de brigada á principios de 1812, y le confió el gobierno de la fortaleza de Vincennes.

La víspera de su salida para la campaña de Rusia, Napoleon dijo estas palabras al general Daumesnil:

— Necesito un hombre con quien poder contar, y he pensado en vos; de Vincennes han de salir el material y las municiones que necesitan mis ejércitos.

En 1814 se calculó que este material valía noventa millones de francos. Daumesnil se negó á entregarle al enemigo, y no quiso rendirle sino al gobierno francés.

Pocos días despues de la batalla de Waterloo los ejércitos enemigos rodearon de nuevo el fuerte de Vincennes; el general prusiano Blucher notificó á Daumesnil que rindiera las armas, y el héroe gobernador respondió con estas palabras históricas: « Devolvedme mi pierna, y os entregaré Vincennes. » Para evitar la efusión de sangre, ofrecieron un millon á Daumesnil, y entonces dió esta respuesta: « Mi negativa servirá de dote á mis hijos. »

La bandera extranjera no se levantó pues en la fortaleza de Vincennes, y el general Daumesnil salvó y conservó á la Francia las riquezas acumuladas en la plaza, que en 1815 ascendían á cerca de 200 millones.

El general Daumesnil murió en 1832, dejando una gran fama de honradez y de patriotismo.

A este hombre pues se trata de erigir una estatua, y se apela á sus conciudadanos para costearla: pronto veremos cuál es el resultado, pues la suscripción no estará abierta sino hasta el 31 de marzo próximo.

Entre tanto nos ocuparemos de dramas mas modernos.

Hace algunos días, en el momento en que unos albañiles penetraban en una casa de la calle Richelieu de las que han de echar abajo para el trazado de la calle de Reaumur, oyeron quejidos que salían de uno de los aposentos del edificio.

Los hombres se precipitaron en aquella pieza, donde les esperaba un espectáculo desgarrador. Una mujer jóven todavía, pero debilitada por la miseria y las privaciones, estaba en un rincón, envuelta en unas mantas, con dos niños, el uno de siete años y el otro de tres, cuyos gemidos de dolor no conseguía apaciguar aquella infeliz madre.

Los albañiles se consultaron con los ojos, y en un instante trajeron aimentos á la pobre familia.

Mas en esto el ruido de la aventura se esparció por el barrio, acudieron los agentes municipales, y se llevaron á la madre y los hijos á casa del comisario de policía M. Ducheylard, para que aquella explicara su presencia en el edificio abandonado.

Nada mas triste que estas explicaciones.

Amelia, que así se llamaba aquella desdichada mujer, se había casado, á disgusto de su familia, con un hombre mas rico que ella, el cual, queriendo aumentar su fortuna, la había comprometido en malos negocios, á cuya consecuencia había perdido el juicio, y fué preciso encerrarle en una casa de locos, donde aun estaba.

La esposa, que se quedó sola con sus hijos, quiso refugiarse en casa de un pariente, el único que tenía, domiciliado en provincia, y le escribió con este motivo; mas no recibió respuesta, y por otra parte la familia de su esposo la abandonó completamente.

Despues de haber vendido sus joyas y sus ropas, hubo de dejar sus muebles en pago de los alquileres que debía, y abandonó su habitación el 15 de octubre último. Entonces se hospedó en una casa amueblada, hasta que, habiendo agotado sus recursos y no sabiendo donde pasar la noche, había ido á refugiarse en el edificio abandonado.

El comisario de policía se encontraba en un apuro: la distinción de los modales y el lenguaje de Amelia, la evidente sinceridad de sus palabras, y por último, los papeles que había conservado y que le enseñó, no le dejaban duda sobre la exactitud de lo que decía; pero como el delito de vagancia era flagrante, no podía menos de enviarla á la prefectura.

Afortunadamente, estando en esto, un secretario recordó haber visto el nombre y apellido de aquella señora en los anuncios del periódico oficial, y consultando la colección, descubrió muy luego que M. Lamy, notario de Paris, había en efecto publicado avisos invitando á aquella señora para que se presentara en su estudio.

Inmediatamente despacharon un inspector á casa del notario, el cual volvió muy luego con las noticias siguientes:

El tío de aquella señora había muerto dejándola una fortuna de cuarenta ó cincuenta mil francos, y el notario, que ignoraba el domicilio de la heredera, había pedido á su compañero de Paris que buscara á Amelia, lo cual había motivado los referidos avisos.

Reconocida la identidad de la persona, M. Lamy adelantó una cantidad á Amelia, para que tomase una habitación conveniente y atendiera á sus primeras necesidades.

El periódico *la Presse*, de donde extractamos los pormenores de esta historia, añade en conclusion que Amelia no pudo conseguir que el secretario de la comisaría recibiera un obsequio por su excelente memoria.

Hé ahí el argumento de una novela de costumbres contemporáneas, cuya publicación tendría seguramente un gran éxito.

Las funciones teatrales nos ofrecen esta vez una novedad de cierta importancia. Es una obra de M. Pailleron, titulada *los faux ménages*, que acaba de estrenarse en el Teatro Francés, y que nos presenta un animado cuadro de esas uniones ilícitas formadas por el capricho, y que esclavizan al hombre arrancándole de su centro social y condenándole á una existencia eternamente dolorosa y lamentable.

Un jóven llamado Armando ha contraído uno de estos enlaces culpables, á tiempo que su madre quiere casarle con una niña que ha crecido á su lado, que ella ha educado con maternal solicitud para que haga la dicha de su hijo; y advertida de la falsa posición en que Armando se encuentra, corre á la casa en donde vive con su amada Esther para arrancarle de sus lazos.

La entrevista entre la madre, ó la mujer honrada, y la mujer culpable, es altamente dramática; pero desgraciadamente concluye con una inverosimilitud que hace sonreír á los espectadores. Armando propone á su madre que se lleve á Esther á su casa durante cierto tiempo, seguro de que en ese plazo sabrá apreciar las prendas que la adornan, y conocer lo mucho que vale; y la madre, antes tan irritada, tan insultante, consiente en hacer la prueba.

Sin embargo, pronto renuncia, pues el desprecio que encuentra Esther en aquella casa, la hace huir, y sin mas tardanza se decide á entrar en un convento, en tanto que Armando se reconcilia con el deber sometiéndose á casarse á gusto de su madre.

Escasa de originalidad y sin grandes peripecias dramáticas, esta comedia se recomienda sin embargo por lo bien que pinta esas falsas situaciones en que tan fácilmente se coloca un jóven en Paris, y sobre todo por su versificación fluida, espontánea y elegante. La ejecución es notable, principalmente por parte de Mlle. Nathalie, que hace el papel de madre con una superioridad digna de toda alabanza.

En los Italianos se ha cantado *Poliuto*, cuya ópera conviene mas que *Otelo* al estado actual de las facultades de Tamberlick. Así el aplauso fué grande en el famoso *Credo* del acto segundo y en el duo de la cárcel con Paulina. La Krauss obtuvo igualmente un triunfo merecido, y Agnesi contribuyó por su parte al buen éxito de la ejecución de esta ópera que hace tiempo ya no habían oído los parisenses, y que, como es sabido, abunda en bellezas de primer orden.

MARIANO URRABIETA.

Las ilusiones.

El hombre es un ser naturalmente iluso: apenas abre los ojos á la primera luz de la razón, por todas partes le rodean las ilusiones; se complace en ellas, crece con ellas, su espíritu se alimenta de ilusiones; en la edad proveya y en los actos mas graves de la vida, no le abandonan las ilusiones; llega á viejo, y aun tiene ilusiones de mozo; le asalta la muerte que es la mas ineludible de todas las realidades, y todavía se finge la ilusión de evitarla y de vivir mucho tiempo.

¿Qué son, pues, las ilusiones para el hombre? ¿Son un bien, ó un mal? ¿Causan su felicidad ó su desgracia?

Las ilusiones son fantasmagorías agradables que nacen al rededor del espíritu, le halagan y fascinan; son castillos en el aire; son lisonjeros cortesanos que adulan siempre á la razón y la engañan: son, en una palabra, mentiras, nada mas que mentiras.

Cierto, dirá un poeta; pero ¿son unas mentiras tan bellas!...

Convenido, son bellas; mas, con toda su belleza, ¿son un bien ó son un mal?

Esta es la cuestión.

El pecado original, la primera falta del primer hombre, y su castigo consiguiente, obra fueron de la primera ilusión, de la mentira. Engañóse á sí mismo, dejándose persuadir que alcanzaria la suprema ciencia, la suprema inteligencia, la suprema felicidad; que seria igual á Dios. ¿Era esto nada mas que una ilusión?

Desde entonces acá, ni los hombres han dejado de tener ilusiones, de creer en ellas, de seguir en pos de esos fuegos fátaos de la inteligencia que les prometen

la felicidad, ni han dejado de recibir desengaños, de padecer acerbos penas, cada vez que el soplo de la realidad apagaba una á una ó en tropel esas luces engañosas.

¿Han escarmentado por esto? No: siempre ilusos, al perder una ilusión se forjan otra, y al tocar el amargo fruto de su error, se quejan de la fortuna, del destino, de la injusticia ó la maldad de su semejantes, de todo, menos reconocer que la causa del mal es la mentira que acariciaron en su mente; la ilusión que les guió á un abismo por un camino sembrado de flores.

Ilusión en el amor; ilusión en el desprendimiento de la amistad; ilusión en los problemas de las ciencias; ilusión en los cálculos dorados del interés; ilusión en el éxito de las empresas de mayor entidad; ilusión en los sueños de la ambición y del placer; ilusión en los medios de gobernar y de hacer la felicidad de los pueblos; ilusión en todo y en todas partes. Esa es la mitad de la historia del hombre.

Vienen luego los desengaños. ¿Quién lo creyera!.... La divinidad de nuestros pensamientos es una simple mortal; el ángel se ha convertido acaso en un demonio; el amigo nos falta en la mejor ocasión; la ciencia mintió años y siglos, y hay que volver á estudiar; la bancarrota sustituye á los montes de oro que un soplo de la realidad ha desvanecido; las grandezas no satisfacen despues de adquiridas, traen consigo inquietud y sinsabores; los placeres, hastío y enfermedades: sangre y lágrimas, miserias y desesperación, descrédito y ruina siguen á los planes de gobierno fundados en ilusiones. ¿Quién lo creyera!... ¡Maldita realidad!

¿No sería mas justo y mas juicioso decir: ¡malditas ilusiones!

Sí; pero el hombre no sabe vivir sin ellas; quiere ser niño siempre; quiere ser engañado y engañarse á sí mismo... y el español; ¡oh! el español es quizás de todos los hombres, el mas amante de las ilusiones.

Enhorabuena: pero en este caso no se queje ninguno de su mala suerte; no calumnie á la fortuna, ni al destino: el bien y el mal son obra suya. Si el mundo se rige por leyes fatales y positivas, es decir, lógicas, inevitables y eternas; si la naturaleza no ha de variar su curso porque á nosotros nos acomode; si las cosas han de ser realmente como realmente son, á despecho de nuestros sueños dorados; si todo tiene su razón de ser y su encadenamiento necesario, y no será conforme á nuestros deseos, sino en tanto que estos se ajusten á la razón universal; si, en el apogeo de nuestras mas brillantes ilusiones, esa razón no cesa de advertirnos, aunque solo sea inspirándonos una prudente desconfianza; si los hechos, hablando á nuestro juicio, nos avisan sin cesar que la ilusión nos engaña, ¿por qué lamentarse luego del mal que sobreviene, desconociendo la causa? ¿Por qué llorar como niños la pérdida de las ilusiones?

Atribuid á ellas la mayor parte de nuestros males, y estareis en lo cierto. Las mayores calamidades que en este mundo nos afligen son hijas de un mal cálculo; es decir, de una ilusión.

¡Oh! ¡terrible y desconsoladora teoría! exclamarán los menos ilusos de mis hermanos.

¡Oh! ¡tontería humana! ¡miserable tontería! digo yo.

¿Quereis ilusiones? pues cogereis desengaños: la ilusión es su semilla. ¿Soñais tesoros? No serán mas que sueños. ¿Teneis horror á la fría realidad? Pues sabed que la realidad es la vida y la única guía segura de la razón; y que cuando el soplo de la realidad apaga una de vuestras ilusiones, el demonio recoge la vela para que vuelva á servir, y se rie de vosotros en la oscuridad.

¡Oh, dulces ilusiones! ¡Que haya quien os considere como fuente de las calamidades humanas! ¡Que haya quien os llame fuegos fatuos encendidos en el hogar del deseo, para servir de diversion al espíritu de las tinieblas! ¡Oh, perversidad filosófica, escepticismo cruel, materialismo grosero, propio de este siglo positivista! Pero, señor, semejantes ideas secan el corazón, matan la sensibilidad, el amor, la poesía, todo lo grande, todo lo bello, y conducen irremisiblemente al fatalismo.

Tranquilizaos, almas sencillas de los idealistas. En primer lugar, no hay filosofía capaz de quitar á nadie sus ilusiones; porque el hombre, ya se ha dicho, es naturalmente inclinado á ellas, y lo será mientras el mal exista: solo la experiencia despierta alguna vez á los ilusos, y entonces, solo entonces se realiza un progreso.

Por otra parte, amar la realidad, querer lo cierto, preferir el imperio de la razón á los vanos caprichos de la fantasía, inculcar la idea de que todo, en el mundo físico y moral, se rige por leyes positivas é invariables, y que á ellas debe ajustarse nuestra voluntad si ha de alcanzar en la vida los bienes que desea, no es predicar el materialismo, ni la incredulidad, ni el fatalismo; solo observando esas leyes, tan conformes con la razón y la justicia, el hombre es libre; solo así puede acercarse á la idealidad de lo bueno y de lo bello, hasta en las artes, hasta en la poesía.

Rien n'est beau que le vrai, ha dicho un famoso crítico y poeta. La verdad es la belleza, la verdad es el bien. La ilusión es contraria á la verdad.

Pero distingamos, y demos lo suyo á cada uno.

Dejemos sus ilusiones á los poetas y á los artistas; dejemos tambien las suyas al amor y á la amistad. No neguemos á los espíritus soñadores el placer de pasearse por las regiones imaginarias, ni á los genios sublimes la dicha de elevarse sobre las miserias terrenales, y allá en esos mundos de luz y de armonía que nos son desconocidos, recoger algunos destellos para iluminar sus

cuadros, y ofrecer á nuestra inteligencia y á nuestro corazón dulces consuelos y aspiraciones al supremo bien y á la eterna belleza.

Dejemos á esos hijos del cielo que viajen por su patria, y nos traigan de allá sus aparentes ilusiones, que son acaso las mas positivas de todas las realidades. ¿Qué gran verdad no ha sido revelada por un gran poeta? ¿Qué armonía ideal no es en su esencia matemáticamente exacta? ¿Dónde beben su inspiración todas las artes, sino en el ordenado concierto del universo? Y el universo mismo ¿no es una obra incomparable, divinamente concertada; un poema inmenso y una serie infinita de soluciones numéricas?

No toquemos, pues, á esas llamadas ilusiones, que tienen sin duda equivocado el nombre.

Otras son las ilusiones que debemos combatir. Las hay de dos clases: individuales y colectivas, aunque suelen confundirse á menudo.

Las ilusiones individuales merecen respeto mientras permanecen aisladas, por cuanto cada uno es dueño de gozarse y estrellarse con ellas. Sin embargo, es hacer una obra de misericordia el procurar desvanecerlas á tiempo, y un acto de cordura el no dejarse dominar por su maléfico influjo.

Pero como no se concibe el individuo aislado, porque la sociedad es el elemento natural del hombre, como el agua para el pez y el aire para todo ser que respira, sucede con frecuencia que las ilusiones individuales producen daños enormes á multitud de gentes que, hasta sin saberlo, tenían relaciones de interés con el iluso. ¿Cuánto daño no puede hacer la ilusión de un ministro, ó la del gerente de una sociedad mercantil?

Otras veces pasan á ser colectivas, y entonces son contagiosas, epidémicas, sistemáticas y científicas; entonces toman el carácter de verdaderas calamidades públicas, atacan á la raíz del árbol social, y se propagan con la velocidad del pensamiento, de pueblo en pueblo, de nación en nación, hasta dejar burlada y consumida á la pobre humanidad, que *ni se arrepiente, ni se enmienda*.

Visto el mundo de lejos, á través del tiempo, en una de esas épocas de ilusiones generales, el género humano, á la vez observado y observador, parece loco, y se rie de sí mismo; hace como aquel astrólogo que, viendo por el telescopio á su mujer abrazada con otro, exclamaba lleno de júbilo:

— ¡Gran descubrimiento!... ¡hasta en la luna!; hasta en la luna!

Es tambien natural en el hombre burlarse del engaño, sin advertir que vive engañado.

Nuestro siglo positivista, al decir de algunos, es precisamente un siglo de grandes ilusiones, y de grandes catástrofes nacidas de la ilusión.

Y nuestra España... ¡Oh!... Pero esto me llevaria muy lejos, y no me hago la ilusión de creer que el lector tenga paciencia para seguir leyendo una cosa que nunca se acaba. Dejémoslo, pues, para otro día.

FRANCISCO J. ORELLANA.

La Conferencia diplomática

REUNIDA EN PARÍS CON MOTIVO DEL CONFLICTO TURCO-GRIEGO.

Conforme estaba anunciado, la Conferencia se reunió el 9 de enero á las cuatro de la tarde, en el ministerio de Negocios extranjeros, bajo la presidencia del ministro francés señor marqués de la Valette. Nuestro grabado representa una de las sesiones que han tenido lugar esta semana, en el local donde se celebran, que es el *salon de los Embajadores*, llamado del *Congreso*, en memoria del Congreso de París de 1856.

Este salon es muy espacioso y está colgado de damasco carmesí realzado de oro; en medio hay una gran mesa oblonga, cubierta de paño verde, y en su derredor hay sillones.

A los lados de la puerta que da acceso al gabinete del ministro aparecen los retratos del emperador y de la emperatriz, pintados el primero por Dubuffe y el segundo por Winterhalter, del tamaño natural, y con anchos marcos esculpidos y dorados, con el águila en el fronton. Enfrente de otro cuadro que figura el *Congreso de París* de 1856, tambien de Dubuffe, y entre dos ventanas, se ve el busto de mármol blanco de Napoleon I.

Los representantes llamados á formar la conferencia son: el príncipe de Metternich-Winneburgo, por el imperio de Austria y el reino de Hungría; lord Lyons, embajador de la Gran Bretaña; el conde de Stackelberg, embajador de Rusia; Djemil-bajá, embajador de Turquía; el caballero Nigra, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario del rey de Italia; el conde de Solms-Sonnenwalde, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de la Confederación de la Alemania del Norte, y por último, con voz consultativa, el señor Rizo-Rangabé, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de Grecia. El secretario de la Conferencia es M. Desprez, director de los Negocios extranjeros en el ministerio.

El marqués de la Valette, senador, miembro del consejo privado, ministro de Negocios extranjeros, es uno de los hombres políticos de Francia que mas han estudiado las cosas de Oriente. Dos veces ha sido embajador en Constantinopla: la primera en 1850 y la segunda de 1860 á 1861.

Lord Lyons, embajador de Inglaterra, es el hijo del almirante Lyons, que mandaba la escuadra inglesa en Crimea. El embajador británico es de la escuela de los diplomáticos hombres de acción. En 1858 desempeñó en Nápoles la misión relativa al arresto de los dos maquinistas ingleses arrebatados á bordo del buque sardo el *Cagliari*, así como tambien tuvo ocasión de intervenir en el asunto del *Trent*, buque capturado por los americanos del Norte durante una travesía que hacían á su bordo los dos enviados del Sur, M. Slidell y M. Mason. Sus opiniones respecto de la Turquía son bien conocidas; gustoso diria como un ministro inglés: «Yo no discuto con los que no reconocen la necesidad del sostenimiento del imperio otomano.»

El príncipe de Metternich-Winneburgo, es hijo del famoso diplomático que fué uno de los grandes actores de la política europea en la primera mitad de este siglo. Nacido en Viena el 7 de enero de 1829, es duque de Portella, conde de Koenigswart, grande de España, chambelan y consejero íntimo austriaco, consejero de imperio hereditario, caballero del Toison de Oro y gran cruz de todas las órdenes.

No necesitamos decir cuál es la opinión que la política austriaca defiende en la Conferencia. El sostenimiento de la Turquía es para el Austria como para todo el Occidente de Europa, uno de los fundamentos de la diplomacia. ¿No es preciso oponer un dique á las invasiones de la política rusa?

El conde de Stackelberg, embajador ruso, es ayudante general del emperador Alejandro. Sabido es que en San Petersburgo todos los altos cargos tienen el realce de la charretera y la espada.

El conde de Stackelberg ha hecho grandes y profundos estudios militares y políticos: oficial de artillería, se distinguió en el Cáucaso á principios del segundo imperio, luego vino á París en calidad de agregado militar, y despues con el mismo título fué á Viena.

En 1857 entró en la carrera diplomática y fué nombrado ministro en Turin; seguidamente fué á España, donde pasó un año, y luego á Florencia, donde residió de 1859 á 1860. Entonces le nombraron ministro en Viena, en cuya ciudad ha dejado la reputación de un hombre muy cortés, de espíritu conciliador y muy afable, cuando vino en 1868 á París á reemplazar como embajador á M. de Budberg.

El objeto de la Conferencia dice desde luego cuán importante es el papel que en ella tiene el embajador de Rusia. Con efecto, la Rusia ha apoyado hasta ahora aparentemente las resoluciones moderadas de las grandes potencias de Occidente; pero el testamento de Pedro el Grande está siempre ahí para infundir el temor de que se ponga abiertamente de parte de la Grecia contra la Turquía.

El conde de Solms-Sonnenwalde representa á la Prusia en la ausencia del conde de Goltz, gravemente enfermo. Con fundamento ó sin él, lo cierto es que se considera á los dos embajadores de San Petersburgo y de Berlin como aliados en esta cuestión, no menos que en todas las grandes cuestiones europeas.

El caballero Nigra es desde 1859 el representante de Italia en París. Todos los asuntos de Oriente le son familiares al señor Nigra, que conoce el sanscrito y las lenguas orientales. Dicese que en sus instrucciones se le encarga que esté siempre de acuerdo en la Conferencia con la Francia, la Inglaterra y el Austria.

Djemil-bajá ha ocupado ya dos veces el puesto de embajador en París. El representante de la Turquía pasa por un político conciliador, y su influencia no es extraña á las resoluciones moderadas que ha tomado el divan despues del envío de su primer *ultimatum*. Pero esta moderación tendrá un limite; la energía con que acaba de obrar la Turquía nos demuestra que tiene la conciencia de su situación. *To be or not to be*, el dicho de Hamlet ha venido á ser el lema de la política turca.

El señor Rizo-Rangabé es un sabio profesor griego. Ministro de Negocios extranjeros en Atenas, el señor Rangabé, se consideraba en el deber de hacer públicamente su curso. El fué quien descubrió el templo de Juno, de donde se han sacado obras maestras del arte antiguo.

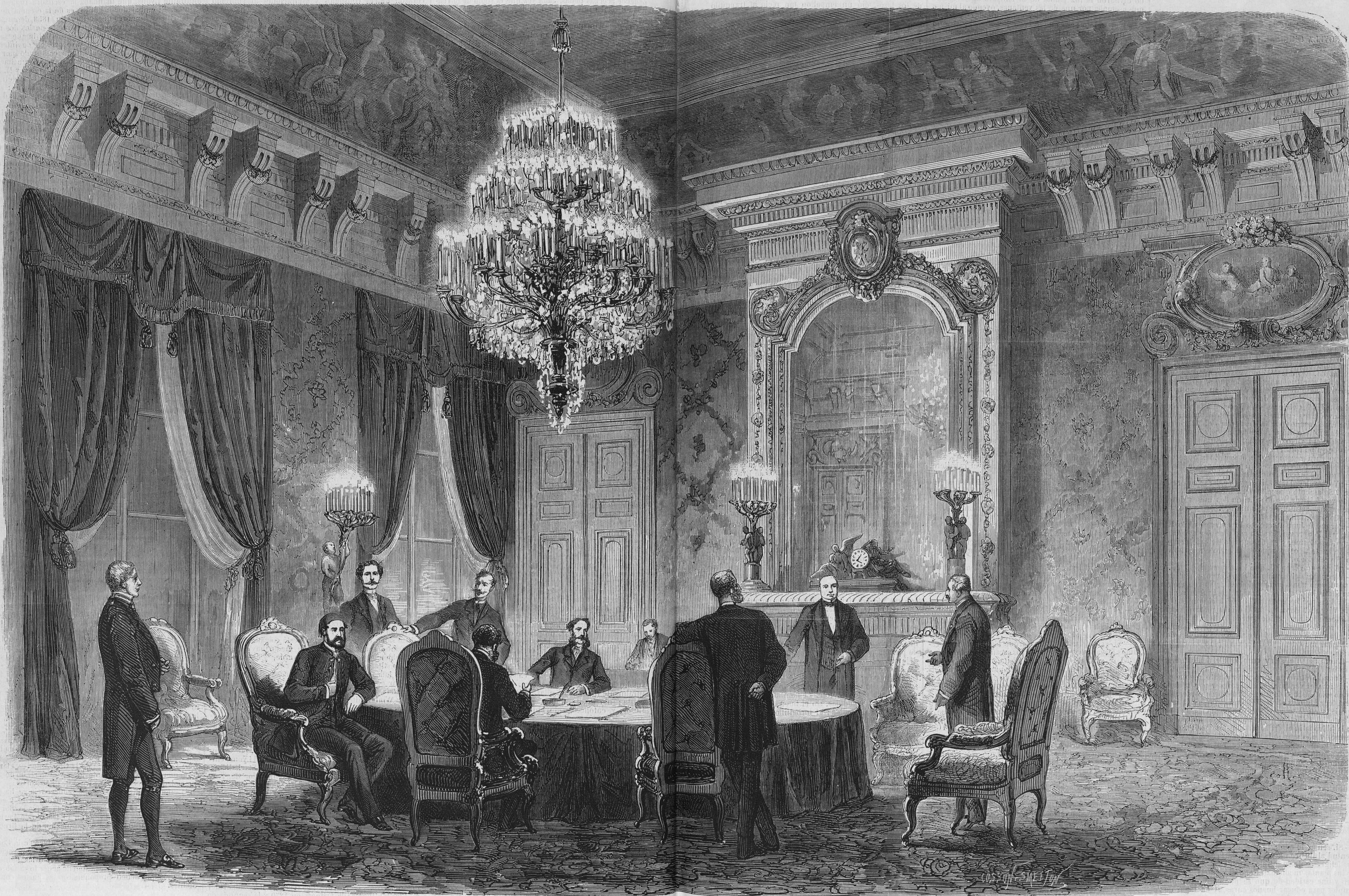
La diplomacia ha circunscrito en negociaciones preliminares el campo de sus deliberaciones, y bajo este concepto la Conferencia se ha reunido con el único fin de examinar si debe atenderse á las reclamaciones formuladas en el *ultimatum* de la Turquía, resumidas en los cinco puntos siguientes:

- 1º Cesación de los alistamientos;
- 2º Restitución de los cretenses refugiados;
- 3º Prohibición de los puertos griegos á los corsarios;
- 4º Indemnizaciones para los oficiales turcos maltratados en Syra;
- 5º Compromiso por parte de la Grecia de respetar estrictamente los tratados anteriores y el derecho de gentes violado sin cesar en sus fronteras del Norte.

Se cree generalmente que la Conferencia se ha propuesto sustituir á este *ultimatum*, tan esplicito y enérgico en sus reclamaciones, una nota firmada por las mismas potencias que firmaron el tratado de París, y que habrá de someterse á la aceptación de la Grecia y la Turquía.

A la hora en que escribimos, las tareas de la Conferencia llegan á su término; y segun las declaraciones del emperador Napoleon en su discurso á las Cámaras, todos los plenipotenciarios están de acuerdo ya sobre los principios que deben proponerse á las partes contendientes.

H. V.



La Conferencia diplomática reunida en París con motivo del conflicto turco-griego.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

Entre José y su compañero habian hecho una senda muy estrecha con los cachillos de monte, y por ahí pasaron casi á tientas los viajeros de zapatos, porque la claridad de la luna no les bastaba, á causa de las ramas y bejucadas.

A poco rato oyeron unos gritos á lo que iban caminando por la senda, y luego unos quejidos. Apuraron todos el paso, y encontraron á un hombre tendido en el camino, lleno de sangre, y sin movimiento vital en ninguno de sus miembros.

— ¡Qué es esto! exclamó el cura, ¿quién es el muerto?

— Es mi tocayo, contestó *ñor* Elias.

— Puede ser que no haya muerto, dijo el cura, despues de examinarlo atentamente, y sacando de su cartera un papelito, le puso sobre la lengua un glóbulo del tamaño de la cabeza de un alfiler.

A los dos segundos se movió el paciente, y á los tres ó cuatro se pudo enderezar.

— El filósofo del Gólgota curaba con la imposición de manos, y Vd. con un papelito. ¡Gloria á los protectores de la humanidad!

— ¿Qué ha sido? preguntó el cura á su feligrés.

— Que Juan Acero salió de golpe del monte, y me partió un brazo de un garrotazo, y me repitió otros en la cabeza y la espalda. ¡Ay! señor cura, que tengo unos dolores que ya no puedo mas.

— ¿Y por qué le pegó Juan Acero?

— Porque hace ocho dias que está apoderado de mi casa y de mi mujer, y me dijo que si pisaba estos caminos me mataria. ¡Ay! que ya no puedo mas.

El cura confesó al herido, y entre todos los cuatro viajeros lo llevaron á una estancia que estaba siete cuerdas mas abajo, y mandaron á la cabecera del canton á buscar quien le cortase el brazo derecho, pues lo tenia despedazado. El cura dejó muy recomendado al enfermo, y avisó que fuesen á pedir lo que se ofreciese á la casa cural. Don Demóstenes ofreció su persona y sus intereses para el alivio del proletario, y siguieron su camino todos los viajeros en direccion á la parroquia. Caminaron unas cuerdas en absoluto silencio, sumamente consternados por la desgracia del pobre estanciero. El zambito dió algunos lamentos sin soltarse de la espalda del viejo Ayacucho, que caminaba mohino detrás de su patron. Por último, desplegó sus labios el bogotano para recomendarle á *ñor* Elias que tuviese muy presente todo lo sucedido para cuando lo llamasen á declarar los jueces de la parroquia.

— ¿Yo? exclamó *ñor* Elias; ¿yo declarar contra Juan Acero? Solamente que estuviera bien aburrido. Antes lo que voy á hacer, es no salir en dos meses de entre las montañas para que nadie me vea.

— ¿Por qué, taita Elias?

— Porque á Juan Acero no lo apresan ni le hacen nada, y si lo apresan, lo saca con bien *ñor* don Tadeo ó el amo don Cosme, y en despues pobre del juez y pobres de los testigos, porque es el garrote mas bravo de todo el vecindario.

— ¿Y por qué cree Vd. que lo saquen libre?

— Porque es del partido de don Tadeo, y porque los guapos tienen ahora mucha defensa. ¿No ve su persona cómo á mis hijas me las libraron de ir á la reclusion de Guáduas por las cortadas que le hicieron á la tonta María Vásquez? Pero, en fin, á mí me gusta que defiendan á todos los perseguidos por la justicia, y por eso es que yo soy del partido de don Tadeo y de mi amo don Cosme, aunque es la verdad que con la defensa de las muchachas me quedé yo de esclavo para muchos años de vida.

— Ahora dígame, señor cura, dijo el bogotano, ¿cómo se ha hecho Vd. homeopático?

— Cuando estuve en mi primer curato, me daba mucha lástima el ver que iban á perecer por la falta de un remedio muchos de los enfermos que confesaba. Me puse á leer algunas obras de homeopatía, alopatía é hidropatía, y entre todas ví que la alopatía tenía el inconveniente de las boticas, que no se hallan en todas partes; la hidropatía el de hacer dar muchos gritos á los enfermos y no curar todas las enfermedades, y me decidí por la medicina homeopática, por la facilidad con que se administra, quedando suprimidos los cáusticos, los baños, las sanguijuelas y sangrías, las purgas y los vomitivos, los moxas y las ventosas, y todas las drogas de las boticas, quedando toda la medicina reducida á administrar un glóbulo, que contiene la diezmillonésima parte de un grano. Esta medicina me decidió por lo barato, cómodo y pronto para su aplicación y para la reposición. Para los pobres es excelente.

— ¡La medicina democrática entonces; la medicina de los proletarios! exclamó el humanitario don Demóstenes.

— Sí, señor, le contestó el cura. Y yo he visto en mi juventud al ilustre doctor Juan María Céspedes recetar á los feligreses de su curato, á quienes iba á administrar las plantas medicinales que él conocía, con un esmero y una caridad de que se pudieran sacar luces y ejemplos para educar buenos curas, si en lugar de reformarlos no se quisiera destruirlos.

Así conversaban los dos amigos de la humanidad cuando

divisaron la luz pálida de la lámpara de la iglesia que asomaba por una de las ventanas, oyendo al mismo tiempo las campanadas de las ocho, fúnebres y tristes como el objeto para que fueron inventadas; el cura rezó una oración en latín, de que don Demóstenes no quedó amostazado, porque era tolerante, y en el hotel *San Nicolás*, de Nueva York, le habia soportado la oración del medio día á un mahometano que vivia con él, por un mes entero. Ayacucho se adelantó, como lo tenía de costumbre, y al pasar por la casa de don Tadeo, se vió á gatas para defender de los perros á su pupilo, el que, cuando llegó á casa, fué muy acariciado por toda la familia, y en especial por Manuela, que era compasiva y tierna con todos los que padecian.

IX.

LECCIONES DE BAILE.

Cierto dia habia vuelto don Demóstenes á su posada muy aburrido, porque no traía mas caza que una tomiña del tamaño de una avellana, que se hubiera podido confundir con una mosca de las mayores, á pesar de que estaba en la plenitud de su desarrollo. La hamaca era en estos casos el único recurso del caballero, y se dejó caer en ella de la misma manera que cae la palma de cuesco sobre las ramas de los árboles en los desmontes que llaman rocería en las tierras calientes de la Nueva Granada; y afianzando su baston en el suelo, como los bogas afirman la palanca, hacia que la hamaca se meciera constantemente. Convertido en un bajá de Constantinopla, recibía la poca brisa que cruzaba por las dos puertas de la sala, y tal vez se imaginaba huries, como los hijos del profeta de la Turquía, pues en la tierra caliente la hamaca equivale á los cojines mullidos, á la dulce embriaguez de la pipa y á las ilusiones suscitadas por el opio de los orientales.

Una hora entera llevaba don Demóstenes de estarse meciendo en su grande hamaca corozaleña, sin leer, sin hablar, sin mirar á los que pasaban por la mitad de la sala, á tiempo que Manuela estaba aplanchando encima de la gran mesa central, que ella habia cubierto previamente con sábana, frazada y sobrecama; viendo triste á su huésped, quiso usar de su lenguaje blando y elocuente para sacarlo del estado de inacción en que se hallaba. La voz de Manuela era dulce, y sus frases tenían la fuerza y los adornos de locución de las hijas de los llanos del Magdalena, que expresan mejor una idea que los estudiantes de retórica de los colegios, y se le dirigió en los términos siguientes:

— Señor don Demóstenes, ¿en cuál se quedó pensando, en la catira de Bogotá, ó en la pelinegra del trapiche del Retiro?

— ¿Por qué me lo preguntas? contestó el caballero, como sorprendido.

— Porque ya va para media hora que ni los mosquitos lo hacen mover; y que hoy es cuando se les ha metido picar sin lástima.

— No es sino que la hamaca me tiene encantado.

— Y ahí verá que no debía quererla, porque Vd. es liberal.

— ¿Y qué pitos toca la libertad con la hamaca?

— Luego, ¿no sabe Vd. que la hamaca es el puro centralismo, estando en la mitad de la sala como la suya, haciendo estorbo á los que pasan?

— Vaya una ocurrencia, dijo don Demóstenes mirando á Manuela y riéndose de su sencillez.

— Pero como no es eso solo, dijo la casera, sin cesar de mover la plancha por encima de una levita blanca de su huésped.

— ¿Y qué otra cosa es?

— Que Vd. echa á pasear la igualdad cuando se apodera de la hamaca en esta casa ó en la de mi prima.

— ¿La igualdad?

— Sí, señor, la igualdad; porque todos los demás estamos fregados en los poyos ó los escaños, mientras que usted se está meciendo en la visita, acostado muchas ocasiones, y ya Vd. ve que eso no se puede llamar igualdad. Y si entran las señoras á ese tiempo, yo no sé cómo se entienda Vd. con ellas.

— ¡Oh! pues entonces me levantaria.

— Eso tampoco se conviene muy bien con la igualdad de que Vd. nos habla; pues querria decir que á nosotras se nos debe tratar poco mas ó menos, y usted nos ha dicho que todos somos iguales.

— ¡Ah! pero era porque estábamos hablando de la igualdad de derechos, me parece.

— ¿Entonces no hay mas igualdad que esa igualdad de derechos que Vd. dice?

— Pues sí hay: la igualdad social; pero tiene sus excepciones.

— ¿Igualdad y excepciones? está muy bueno.

— Es que una cosa es con guitarra...

— Entonces diga Vd. que una cosa es cacarear y otra poner el huevo; una cosa es hablar de igualdad y otra sujetarse á ella.

A este tiempo hubo una novedad muy grande en el puesto central de don Demóstenes. La marrana sintió por la calle algun ruido que le convenia, y sin acordarse del gran estorbo de la horqueta á que estaba condenada por la ley del supremo cabildo del 18 de mayo, se salió por la sala, y metiéndose por debajo de la hamaca, le causó fuertes molestias al centralista en las espaldas con los palos y con el espinazo; pero en eso no paró todo, sino que viendo el burro carguero el buen éxito de la marrana, se alegró y emprendió la carrera,

á la voz de un rebuzno, y al pasar por debajo de uno de los lazos, dió un empujón tan recio al tranquilo huésped, que si no se coge con viveza del costado de la manta va á dar al duro suelo.

Manuela se asustó; pero luego que pasó la sorpresa, y que se enteró de que á don Demóstenes no le habia sucedido nada, no pudo menos de reirse como era natural, y cerró la puerta del lado de la calle, para evitar la segunda pasada.

— ¡Oh, Manuela! le dijo don Demóstenes á su casera, que estaba tocando la plancha con el dedo mojado en la saliva de su linda boca para examinar los grados de calor que tuviera; tú has visto cuál ha sido mi castigo por un solo pecado de centralismo; pero te intereso muy seriamente para que cesen todos estos desórdenes, pues el derecho de colgar mi hamaca...

— Pierda cuidado, que no volverá á suceder nada, contestó Manuela.

Volvió á quedarse callado don Demóstenes y con mayores trazas de melancolía, y viendo Manuela que no volvía la cara para donde ella estaba, á pesar de sus golpes repetidos con la plancha, ensayando por segunda vez el modo de hacerlo entrar en conversacion, le dijo estas palabras:

— ¡Hole! se me pone que la carta que le entregaron hoy le trajo alguna mala noticia de la familia, segun está Vd. de afligido.

— ¡Ah, no! Era sobre negocios.

— ¿De alguna rueda de agua, ó sobre el cuidó de las avechitas, ó sobre qué cosa? dijo Manuela, saliendo á remudar plancha en el corredor en donde tenia su brasero.

— Manuela sabe algo sobre la carta de Clotilde, dijo don Demóstenes á sus solas, y este tambien es un mal precedente.

— ¿Qué es lo que le está pasando, que ya conversa solo, como los jubilados? preguntó Manuela al caballero, entrando con la otra plancha.

— Es que quiero morirme.

— ¿No le da susto?

— ¿Pero de qué? La muerte es un hecho comun, es el último sueño, y nada mas.

— ¿Y la cuenta de nuestras buenas ó malas obras?

— A mí no me tocan esas cuentas; y te encargo que me haga llevar á la estancia de Dimas, al pié del botundo que corona una colina desde donde se ve la parroquia, y que allí me entierren, al lado del arroyo que corre por debajo de los pabellones del batatillo y ojo de buey, formando una música con su eterno susurro, de lo mas aparente para los sepulcros; y dejo dispuesto que me siembre Pia una mata de siempreviva al lado del mio.

— Y dormido con el último sueño, ¿qué se suple con la música del arroyo, ni con la vista de la colina? ¿no será mucho mejor que lo entierren en el cementerio bendito, con su cruz encima, igual á la que se pone encima de las sepulturas de todos los cristianos? ¿No se ha de volver tierra como todos los hijos de Eva?

— Así es, Manuela, dijo don Demóstenes con un suspiro; pero no sé si es por un sentimiento de orgullo, ó por algun presentimiento de inmortalidad, ó qué sé yo; pero lo cierto es que todos deseamos que duren nuestras reliquias entre los vivos, y que se noten con epitafios, ó con mausoleos, y con árboles funerarios como el ciprés.

— Pero al fin, ya verá que ricos y pobres se vuelven tierra, y que las señales que dejan los ricos tambien se acaban algun dia para que haya igualdad, porque esa sí es la igualdad legítima. Y lo mejor es que, siendo usted tan alentado, y tan buen mozo, y tan formal no se deseé la muerte.

— Gracias, Manuela. Pero has de saber que la tumba con sus adornos tiene una poesía que me encanta.

— ¡Ojalá vaya á hacer la tontera de matarse usted mismo! Ni mucho menos por alguna que cuando lo sepa se encoja de hombros y nada mas. Ya Vd. ve que las mujeres aguantamos calladas cuando hay alguno que no nos quiera querer. Conque déjese de suspiros y de pesares por la niña que le mandó esa carta, y no se deje morir hasta despues de San Juan, con eso bailamos los dos un buen bambuco, ó un buen torbellino, ó una caña aunque sea.

— Todo eso es colonial y muy retrógrado, segun ví la noche de la pelea de José. El bambuco me pareció el juego de las escondidas, sin el buen resultado de coger á la persona escondida; el torbellino me pareció baile de picos ó pavos, todo con algunos amagos de ataque, pero con mucha distancia de las fuerzas beligerantes, que si se llegan á arrimar, es á media vara de distancia, lo cual es un oprobio para los adelantos del siglo XIX, en que la palabra *distancia* no figura ya en los diccionarios, desde que Roma se ha ido á rendir á las puertelas de París y Londres en fuerza de la invención del telégrafo eléctrico. Por manera que el retrógrado bambuco y el torbellino vetusto no hacen otra cosa que oponerse al espíritu del baile, que consiste en avanzar y estrechar la distancia de los corazones, y por consiguiente de los cuerpos, y me admira que tú, siendo joven y linda...

— Muchas gracias.

— Sí, Manuela, continuó don Demóstenes con algo de entusiasmo; la hermosura no debe estar en oposicion con las luces del siglo.

Verdaderamente que Manuela estaba seductora ese dia. Su brazo, no muy blanco á la verdad, pero carnudo y sombreado por el vello, se desplegaba con elegancia hasta la mitad de la mesa, llevando y trayendo la pesada plancha, de cuyos movimientos se resentía su delgada cintura; su pecho se avanzaba en ocasiones so-

bre la mesa, sin mas adornos que su fina camisa de tira sencilla, y es sabido el influjo favorable de la naturaleza en todos los climas calientes para la conservación de la lozanía, aun en las mujeres de alguna edad; bien es que nuestra heroína no pasaba todavía de los diez y siete. El rostro de color aperlado de la parroquiana estaba sonrosado ese día por el ejercicio, y sobre todo por el braserío y la plancha, y la sonrisa habitual de sus labios brillaba en aquellos momentos sobre sus facciones, por el interés de consolar á su huésped.

Don Demóstenes se había vuelto á quedar serio, y se estaba meciendo en su hamaca con ese grado de pereza que es el opio del estanciero del Magdalena y sus llanuras cuando se mece en su propia hamaca, muy seguro de que el pescado solicita la carnada del anzuelo, que el venado busca la trampa de lazo y los vástagos de plátano *paren*, según la metáfora de que usan los calentanos para expresar la fecundidad con que se multiplican.

Viendo Manuela que los golpes de la plancha eran insuficientes para llamar la atención de su alojado, le volvió á decir:

- ¡Hole! ¿por fin se muere?
- Tal vez, le contestó don Demóstenes, sin volverla á mirar.
- Déjelo para despues de san Juan, con eso bailamos bambuco hasta que nos sepa á feo.
- ¿Qué cuento es eso de san Juan, que todo lo que hablan es de san Juan, y lo que hacen es para san Juan, y vuelta san Juan, y torna san Juan?
- ¡Luego Vd. no sabe que ese día nos volvemos locas de gusto?
- ¿Y por qué ese día, y no el 20 de julio, que es el aniversario de nuestra independencia?
- Porque ese día se recuerda á san Juan, que fué el que bautizó á Nuestro Señor Jesucristo.
- Yo creo que en esta parroquia mezclarán mucha dosis de superstición y de fanatismo con ese recuerdo.
- Va verá cómo Vd. también se vuelve loco de gusto ese día y grita con nosotras, y baila con nosotras, y se lava el cuerpo como todas nosotras.
- ¿Pero bailar bambuco? ¡Imposible! ni mucho menos servir de estatua, ó de pedazo de alcoroñoque para que te hagas los entes de que estás bailando con tu novio.
- ¿Pero cuál?
- No te diré fijamente; no te endulzaré los oídos, porque no lo conozco de nombre; pero un sugeto que te espiaba todos los pasos y movimientos la noche de la pelea de José, y que vi yo retirarse en otra ocasión de tu tienda, ese es tu amante; y desearia conocerlo, porque lo ví disfrazado y no tengo de él sino una idea confusa.
- ¿Y no es lo mismo bailar con cualquiera persona?
- ¡Entonces cuando te saca un viejo barrigón como una tinaja, ó uno seco y largo como un estoque, bailas con todo tu gusto?
- ¿Por qué no?
- ¿Y de dos jóvenes de los cuales el uno sea feo y el otro buen mozo?
- Cualquiera.
- ¿Y si te saca una mujer?
- ¡Quién sabe!
- No hay quién sabe que valga. Yo por mí lo digo, que si bailo contigo en el san Juan, será movido de tu belleza, de tus encantos, de ese conjunto de cualidades que te hacen la más linda de todas las muchachas de tu parroquia.
- ¡Naaada!
- Sin lisonja, Manuela.
- Bueno, pero levántese de esa cama de pereza y salga á la mitad de la sala ahora mismo, y le explico el bambuco á la carrera para que lo vaya aprendiendo y en el san Juan lo bailemos juntos.
- Voy, porque no digas que te desairo, dijo don Demóstenes poniéndose de pie y amarrando la hamaca por encima para que no estorbases.
- Mire, le dijo Manuela á su huésped: despues de dar una vuelta en la mitad de la sala al alrededor de la pareja, se va Vd. bailando por un lado y su pareja por el otro.
- ¿Apartarnos? ¡Oh, qué disparate!
- ¿Cómo, pues?
- Unirnos, estrecharnos, confundirnos como la enredadera y el árbol que la sostiene.
- ¿Pero cómo se baila? si en el bambuco los que bailan han de ir separados.
- Entonces el bambuco se debe desterrar de la sociedad actual, como el bolor y como todo lo que se oponga á las luces del siglo.
- Entonces no bailaremos los dos en el san Juan.
- Bailaremos *strauss* ó *varsoviana*, que son los bailes que están mas en moda en la capital.
- ¿Pero como yo no sé!
- Te los enseño.
- ¿Cuándo?
- Cuando se pueda, comenzando desde hoy: con medio cuarto de hora de lección será suficiente.
- ¿Y su ropa á qué hora se la acabo de planchar?
- Otro día.
- ¿Y música?
- José silba cuanto le manden, y sabe los toques de corneta.
- Llamó don Demóstenes á su criado, que estaba limpiando la mula de silla en el corral y le mandó entonar el *strauss*, imitando los golpes de la tambora sobre la mesa grande; condujo á su discípula de la mano y comenzó la primera lección,

— Ten cuenta, le dijo: llevar el paso de la manera que yo lo haga, pero brincando con aire, con elegancia y con mucha soltura sobre todo; porque es necesario comprender lo que es el espíritu del baile. Déjate de vergüenza por ahora, porque con ella no hay baile posible.

Manuela ejecutó la primera lección, y su maestro se quedó muy admirado de sus buenas disposiciones. Ella había bailado valse dos ó tres veces.

— Ahora te dejas rodear la cintura con uno de mis brazos y me entregas una mano á todo mi albedrío.

Don Demóstenes rompió el baile por la orilla de la sala, pero la discípula se resistía.

— No temas, le dijo el maestro.

— ¿No ve Vd. que me quedo sin libertad?

— Es indispensable.

— ¿No se arrime tanto, por Dios!

— Es la naturaleza del *strauss*.

— ¿Qué hago yo? dijo Manuela, algún tanto sobreco-gida de temor.

— Hay que tener fe en la doctrina, le dijo el maestro.

— ¡Hui! dijo Manuela, y salió corriendo á coger la plancha.

— ¿Eso qué es? dijo el maestro, tan serio como admirado de una defección tan á destiempo.

— ¿Qué ha de ser? dijo Manuela, que yo soy la madre de las cosquillas, y así no puede ser; y menos tan de mañana. ¡Ave Maria!

— ¿Y eso qué quiere decir?

— Que música, miel y ventana no pegan por la mañana, como usted lo sabe; y yo le agrego que ni amor, supuesto que el baile es amor como Vd. lo decía no sé cuándo.

— La adición del adagio es muy filosófica; se echa de ver que tienes talento; pero dá lástima que no abjures de una vez de todas las ideas teocráticas y monacales de que está infestada la Nueva Granada.

— Yo digo que es cierto el adagio, porque cuando me levanto por la mañana, veo la cocina y la huerta, y me entrego á mis oficios tan sosegada, tan tranquila y tan inocente como para comulgar; en el día es que me asomo á la puerta de la calle y tomo dulce, la música es hasta la noche que me agrada con más veras, habiendo la ventaja de que la noche es tiempo des-ocupado.

— ¿Y el amor?

— Pues es cuando hay más tiempo de conversar de esas cosas; pero yo lo que hago es suspirar y estar triste por mis desgracias y cavilar: hay noches que se me pasan en blanco.

— ¡La ausencia del disfrazado!

— Ya dió Vd. en embromar con el disfrazado.

— Esa cuestión es separada y la dejaremos para despues; ahora me permito hacer algunas observaciones sobre el adagio popular y sobre la nota tan filosófica que tú le has agregado. Es verdad que la mujer no es tan hermosa en misa ni en el estrado como lo es en el teatro ó en el baile, aumentada su belleza con la iluminación; es evidente que el corazón palpita con mayor vehemencia tocado por las armonías de una serenata de media noche, que por la música de los toros ó de la parada; que el cachaco bogotano espera las horas de la noche para hacer oír á su amada los trinos de su bandola como lo hiciera con su laud el castellano de la edad media; que la oscuridad misteriosa de la noche favorece más citas de amor, que la luminosa carrera del sol; que en los desvelos de la noche se medita con más sosiego y más profundamente sobre la ausencia del esposo prometido; que las comunicaciones amorosas de las flores se verifican el espacio de la noche: todo esto confirma tu aserción, pero eso no quita que bailemos media hora de día por vía de aprendizaje. Aplícase, Manuela. Una muchacha linda como tú, redobla sus atractivos con ser la primera pareja del lugar. Ven á bailar, Manuela, repetía don Demóstenes, queriendo llevar cogida de la mano á su discípula, de las cercanías de la mesa grande hasta la mitad de la sala.

De repente lo encontró en estos empeños don Patrocínio, que venia de la calle, y luego que fué informada de todo el asunto, dirigió la siguiente reconvencción á Manuela:

— ¡Mal haya la chiquitica, que la pueden ojear por la gracia! ¿Conque ahora que pudiera aprovecharse de la ocasión se hace la remilgada? ¿Entonces cuándo se aprende todo lo bueno de la capital, para ir saliendo de las vejeces de la parroquia? ¡Lástima que pachita se hubiera ido á lavar, que buenas ganas tengo de que don Demóstenes me la vaya enseñando!

— ¡Pero si no me gusta! ¿yo por qué gracia?

— A fe que si fuera un ruano entonces si, no decías nada; pero como es un caballero noble el que te quiere enseñar, por eso sales ahora con tus fullerías. No seas tonta; déjate enseñar, con eso les echas cacho en las fiestas á la Cecilia y á la Liboria, que se han figurado que ya no hay otras mejores.

— Es lo que te digo, Manuela, agregó don Demóstenes; lo que se debe aprender es la *varsoviana*, el *strauss* y la polka, que son los bailes de alto tono y dejarse de los usos retrógados de los pueblos semisalvajés. No hay que poner estorbo á los adelantos del siglo.

— Para que lo veas, añadió don Patrocínio; y al caballero no debemos desairarlo siendo un señor tan amigo de nuestro bien. Sal á bailar y déjate de fullerías, que ya no eres tan chiquita.

No había palabras con que resistir unas razones de tanto peso, y Manuela salió á recibir las lecciones gratuitas de su maestro.

— Ya tenemos mucho adelantado, dijo don Demóste-

nes, sobre el paso, los movimientos y el oído, no queda nada que desear. Ahora lo que falta es que Manuela salte con propiedad.

Cogió don Demóstenes á su discípula como debía, José silbaba, don Patrocínio daba palmaditas, y la pareja partió como un relámpago recorriendo un costado de la sala.

— ¡Mas aprisa, exclamó don Demóstenes, y adelante, adelante!

— Pero no me apriete, dijo Manuela en un tono muy deprecativo.

— Mas adelante ese brinco, y adelante, adelante.

— ¿Mas?

— ¡Mas, mas, mas!

— ¡Pero cuándo mas, don Demóstenes!

— ¡Sí, mas, con entusiasmo, con fe, con energía!

Don Demóstenes estaba lleno de contento por los buenos resultados de su enseñanza; á mas de eso, se estaba inspirando con los placeres del baile; se hallaba tan cerca de su casera como no lo había estado nunca; sus manos estrechaban con dulzura los miembros palpitantes de una beldad, y cuando inclinaba la cabeza al sonido de los compases, su barba se mecía por encima de la frente de su pareja, como las hojas de una palma sobre las hojas y flores de los árboles de su contorno; los ojos de Manuela brillaban sobre los suyos de una manera prodigiosa, y la lección era una gloria; pero Manuela se retiró del puesto y la lección quedó suspensa.

¿Qué lástima que no hubiese allí otros espectadores que don Patrocínio, José y Ascension, que estaba parada en la puerta con el cuchillo cocinero en la mano derecha, y una papa en la izquierda, de la cual colgaba hasta el suelo un hollejo hábilmente sacado en forma de espiral!

Era de sentirse que pasase desapercibida una escena de baile europeo en una pequeña parroquia de las caídas de la cordillera oriental de los Andes, cuando el profesor había tomado sus lecciones del arte en París y Nueva York, y las utilizaba civilizando una belleza del pueblo descalzo.

— ¡Caramba con el baile! dijo Manuela. Lo que hay que admirar es que bailen así en las ciudades en que hay tanta sabiduría. A fe que las indias bailan la manta sin alzar casi los piés de la tierra. Como que las pobres son mas recogidas en eso de baile, ¿no le parece?

— Vamos á repasar la primera lección, porque san Juan se acerca y será lo único que bailaré contigo.

— Solo por eso, dijo Manuela, y salió al puesto. Una vuelta por toda la sala habían ejecutado los bailaradores, cuando Manuela se desprendió otra vez de las manos de don Demóstenes y se fué corriendo á meterse en la alcoba.

— ¡Oh, malditas cosquillas! gritó don Demóstenes, dando un zapatazo contra la tierra.

Don Demóstenes no había visto al señor cura, que había asomado á la puerta, y fué la causa de la carrera de la discípula.

— Entre el señor cura, dijo don Patrocínio.

— ¡Mil gracias, le contestó el cura; y despues de todos los saludos y de tomar asiento en la hamaca á instancias de don Demóstenes, empezó la conversacion diciendo:

— ¿Parece que estamos de fiesta?

— Fué que se empeñó el señor don Demóstenes en enseñar á Manuelita algo de lo que bailan en Bogotá, dijo don Patrocínio.

— ¡Si, señor, contestó don Demóstenes, enseñar al que no sabe.

— ¡Pero el baile!... dijo el cura.

— La Escritura nos presenta el caso de haber bailado el santo rey David delante del Arca.

— Pero bailó solo, no por sensualidad, sino por alegría de hallarse en la presencia del Señor. ¡Y lo que padecen las señoritas con estos bailes de ahora!

— ¿Y si no padecen, señor cura?

— Tanto peor para las señoritas; pero yo sé que hay muchas que sufren, y lo digo en honor de las señoritas en general.

— ¿Es decir, que el señor cura no baila nunca?

— Yo no sé la idea que el señor don Demóstenes tendrá del baile; pero yo creo que es impropio de un sacerdote.

— Esto va en los genios, dijo don Patrocínio, porque el señor doctor Ramirez no se queda atrás de ninguno para un bambuco, ni para un valse, ni para un torbellino, y canta y toca que es una maravilla, y ha quedado de venir para el san Juan.

— Es en lo único que no me parece tolerante el señor cura, dijo don Demóstenes.

— Yo tolero, señor don Demóstenes, pero expongo mis razones. ¡Ojalá que los reformadores y novadores actuales y venideros me toleren á mí del mismo modo.

— Sin embargo, señor cura; al sacerdote que exhorta á que no se tome un manjar por dañoso, cuando él mismo se abstiene, no solamente le tolero sino que le respeto sus ideas; Vd. tiene un pleno derecho á mis respetos. Un hombre virtuoso, instruido y humano tiene que ser apreciado en todas partes, mucho mas en un desierto como este.

Despues de esto conversaron los dos personajes acerca de las excursiones á los montes, de las plantas curiosas y útiles, y de las aplicaciones que se podían hacer en bien de la humanidad. Don Demóstenes era patriota y realmente humanitario; era un buen liberal y no perdía la menor ocasión de ser útil á la causa de la civilización humana.

(Se continuará.)

El Voluntario.

NOVELA.

Continuacion. — Véase el número 837.)

— ¡Eh! mozalbete, dijo Brutus Toussaint, patriota rabioso, que solía mirar con ojos irónicos las blancas manos de Miguel, ¿con que no nos hemos ido al otro mundo?

— Todavía no, ciudadano. Aun tengo que gastar algunos cartuchos en el servicio de la república.

Es de advertir que Miguel andando por las calles de Maguncia creía hallarse en otra ciudad.

El bloqueo que los enemigos estrechaban mas y mas, producía el efecto de una epidemia. El hambre hacia estragos en la población. Los soldados cubiertos de andrajos corrían por las calles buscando algun alimento en las esquinas, á las puertas de las casas, en la inmundicia como los cerdos. Veíaseles enflaquecidos, pálidos, con el cabello y la barba largos, cubiertos de polvo, con los zapatos rotos, los uniformes hechos mil pedazos, veíaseles por la noche cazar ratas y comer con avidez al animal cocido á toda prisa y sazonado con pólvora.

Miguel recorría, con el corazón entristecido, aquellas plazuelas que presentaban en espectáculo los efectos de la enfermedad, el hambre y la muerte. Había allí acurrucadas mujeres ancianas que miraban al suelo con ojos fijos; había madres que llevaban á los soldados sus hijos que pedían pan. Algunos especuladores (estos nunca faltan) habían instalado en casas medio derruidas por las bombas, unas carnicerías donde despedazaban y vendían carne de caballo. La tarifa manuscrita en alemán y en francés, colgaba al viento sobre un antiguo rótulo agujereado por las balas.

Los soldados se reunían á menudo al frente de estas carnicerías de nuevo género y protestaban.

— ¡Cómo! decían: ¿Con que un gato vale seis francos? ¿Con que cuesta cuarenta y cinco sueldos la libra de carne de caballo? ¿Así se conduce esta gente con los defensores de la patria! Ciudadanos, ¿queréis hacerles la competencia? Vamos al Rhin que arrastra en su corriente caballos muertos, apoderémonos de esta presa, no obstante las balas alemanas y dejaremos burlados á estos carniceros de mala ley.

Cuando Miguel volvió á casa de la señorita de Smeyer, de donde no había salido aun, se dejó caer sobre una silla descorazonado.

— ¡Miserables! exclamó diciendo. Son alemanes y matan de hambre á los alemanes para llegar hasta los franceses... ¡Es horrible!...

— Cierto, decía Lisberth... mirándole con ternura.

Otto prestaba oídos al eterno cañoneo que resonaba por el lado del Rhin.

— Un día vendrá, dijo, en que el hombre no tendrá otras armas que el escalpelo y el arado.

— Que sea mañana, respondió Miguel.

III.

Muy luego el voluntario volvió á ser soldado. Miguel pasaba á menudo aquellas noches de junio, tibias y estrelladas, en el reducto del Rhin, de centinela, ó velando, absorbido por aquel gran espectáculo del caudaloso río que corría al frente de los muros medio derrumbados de Maguncia,



EL VOLUNTARIO. — Las madres llevaban sus niños á los soldados.

por todos esos ruidos de la noche, llamadas de los centinelas, mugidos indistintos, ayes que atravesaban la sombra, cañonazos que hacían vibrar el aire, balas que pasaban silbando, lúgubres aullidos de perros, murmullos prolongados en aquellas sombrías veladas, que pa-

por la puerta principal, Miguel oyó ruido de voces: los soldados corrían y se apiñaban en torno de un joven, de un parisiense, que acababa de recoger cerca de una batería, un periódico que sin duda venía del campamento prusiano, y que el viento ó el acaso habían traído hasta allí.

— ¡Un diario! Noticias, ¡hay noticias! gritaban los soldados.

Y se precipitaban hacia el joven que agitaba triunfalmente el periódico por encima de aquellas cabezas ávidas. ¡Noticias de Francia! En aquella multitud hambrienta y escuálida hubo una conmoción de alegría: los ojos brillaban, los pies pisoteaban de impaciencia. Por fin iban á saber lo que pasaba en París. Miguel también se sintió como oprimido y miraba aquel pedazo de papel amarillento que tenía en la mano el soldado, con la expresión vacilante de un hombre que lee repetidas veces el sobre de una carta importante antes de abrirla. ¿Qué contenía aquel periódico y qué noticias traía á aquellos pobres hombres separados

de los suyos, reunidos en masa sobre una orilla del Rhin bajo las balas enemigas?

— ¡Silencio! aullaba la muchedumbre.

— Lee, Scévola.

— Lee pronto.

Scévola había echado una ojeada al diario, y tosiendo y entonando la voz y tomando la actitud de un hombre á quien escuchan, dijo:

Gaceta nacional ó Monitor universal N.º 172, viernes 21 de junio de 1793, año II de la República francesa.

— Pasa el título, muchacho, gritó Brutus Toussaint con su voz ruda.

— Para saber lo que hay, preciso es leerlo todo. *Política... Noticias de París...* Veamos. «El general Dumouriez ha barrido la Convención como barre el viento las hojas secas.»

— ¿Cómo es eso? exclamó jurando Brutus Toussaint que se había acercado.

Los soldados se miraban unos á otros. El pobre Scévola se había puesto pálido y su mano temblaba.

— ¿De veras, dice eso? ¿Qué maldito papel nos has traído? gritaba Brutus.

Miguel se creía juguete de una alucinación. Así se oyen zumban en los sueños palabras que van en derechura al corazón y le abrazan. Contemplaba á Scévola que arrojaba sobre el *Monitor* miradas pavorosas y luego dirigía sus ojos atónitos hacia la muchedumbre.

— ¿Continúa, ciudadanos? preguntaba Scévola... ¿Sabeis que es horrible lo que dice este diario? La Convención disuelta... Dumouriez posesionado de París... el chiquillo Capeto proclamado rey con el nombre de Luis XVII y reinando con una regencia... todo eso está aquí en letras de molde... Leed...



— ¡Un periódico! ¡Noticias, hay noticias! gritaban los soldados.

recían veladas de difuntos. ¡Cuán poco le importaban al antiguo Rhin aquellos combates que ensangrentaban sus márgenes!

Seguía corriendo ancho, profundo, soberbio, con grandes remolinos de luz, con placas relucientes. Los



— Ciudadanos, tomad los pedazos de estas mentiras de traidores

LOS GEROGLIFICOS EGIPCIOS

3



M n ei Râ - òn nab Ra-sch f
(Menè) (Ph-Râ - òn) (Nab-èn tho) (Ph-Râ-òn Schéof)
El sol vivo Señor del mundo. El sol vivo

7

A m s. A m n - o - pht. Thot m s.
(Amos.) (Amoun-opht.) (Thotmosi.)

13

R a m s s. S n r ou. R a m s s i.
(Ramsès.) (Snérou.) (Ramessi.)

19

S tho M a m n. S s n k.
(Sétho - Maïmoan.) (Sisonk.)

23

S b k. K m b i th.
(Sabako.) (Cambys.)

27

K s a i r s. H l i.
(Xerxès.) (Héh.)

31

A r t k s s.
(Artaxercès.)

33

A l k s a n d r s.
(Alexandros.)

35

B r n c k. A r a i n.
(Bérénice.) (Arsinoé.)

39

K l e o p t r. H n o k. S n n f r.
(Cléopatra.) (Hénok.) (Sonnofré.)

45

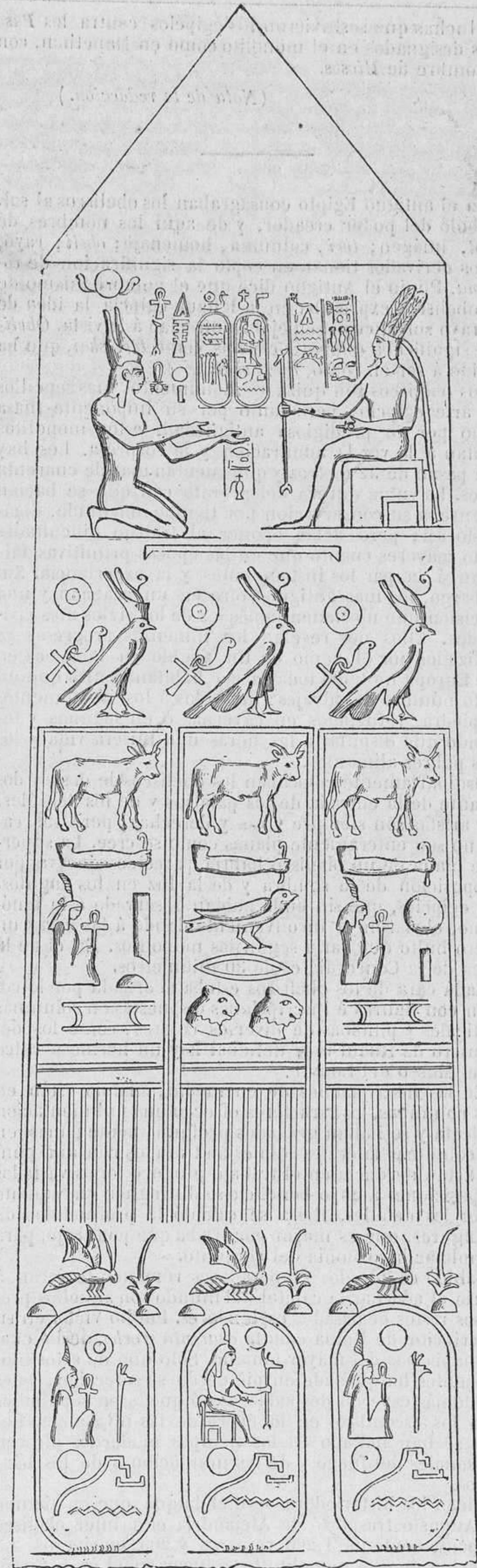
S t r. S m s. N h m i.
(Soter.) (Sensi.) (Nohémi.)

51

A th ri. D a p h n a i. M r i i t i.
(Athari.) (Daphnai.) (Mariti.)

57

K s r s. T b r i o s. A u t o k r t r.
(Kaisaros.) (Tibérios.) (Autokrator.)
(César.) (Tiberio.) (Autócrato)



2



M a a n m a. B a i t h o o r n. M a k d n.
(Mahanaima.) (Baithooron.) (Makédon.)

8

K l o d i o s. K a i s r.
(Claudius.) (César.)

10

N r n. A t o k r t r.
(Néron.) (Autocrator.)

12

T i t s. D m i t n s.
(Titus.) (Domitianus.)

16

N r o a. T r a i n s.
(Nerva.) (Trajanus.)

20

A d r i a n s. A n t o n i n s.
(Adrianus) (Antoninus.)

24

P h i l i p p o s. S k s t s.
(Philippus) (Scetus.)

28

N h r n. S c h m a i t. S c h m a i o u.
(Naharaina.) (Schémaït.) (Schémaïou.)

34

S o b S i r o. S k t a s i r o. M a k d n.
(Soba-Syro.) (Skéta-Syro) (Makédon.)

42

Kh m. M s r. A r a m. S t m.
(Khém.) (Mysor.) (Aram.) (Sétim.)

48

S c h a m. K s c h. P h r s. P h i t.
(Scham.) (Kousch.) (Phars.) (Néphit.)

56

L d n o u. K a h. O p t.
(Lydinou.) (Kah.) (Ouro.) (Opti.)

62

T r K a h. S a i d. N m a. S t o r a.
(Tyr Kah.) (Saïd.) (Nima.) (Stora.)
(pais de) (Sidon.) (Ninive.)

66

68

Y enseñaba el *Monitor* á los soldados que se inclinaban sobre el papel, y hasta los que no sabían leer trataban de descifrar los caracteres.

— ¡Millones de truenos! repetía Brutus retorciéndose los puños; ¿pueden ser verdad esas cosas? ¿Con que todos los buenos, los Danton, los Billaud, los Romme y compañeros se han dejado arrojar á la calle como unas criaturas? ¿Con que la república se concluyó, y Dumouriez es el amo de París, y quizás lo son también los prusianos?... ¡Los prusianos!...

— Oid, oid, decía Scévola, agitando el diario... Los extranjeros han entrado por el arrabal del Temple... ¡Mi arrabal, el pobre arrabal donde está mi casa!

Las exclamaciones y los gritos de sorpresa ó de furor salían del grupo como por explosiones. A lo lejos se oía el cañon del reducto de los clubistas que respondía con sus estampidos al ataque de la tercera paralela prusiana. Miguel deseaba correr al fuego, deseaba arrojarse como un loco ante las balas y morir bajo la bandera republicana, puesto que ya había muerto la república. Sentía como el delirio de la fiebre: su sangre ardia. De repente, apartando á la multitud se arrojó sobre el papel que Scévola tenían aun en la mano, se le arrancó y mirándole con rabia exclamó diciendo:

— Compañeros, mi opinion es que todo lo que trae este papel es mentira. Todo lo que está impreso aquí es falso. No tengo pruebas, y sin embargo, lo aseguro. ¿Acaso la Convencion puede perecer así y concluir su obra con la vergüenza? Ciudadanos, es falso que la Convencion haya sido barrida por Dumouriez, juro que es falso.

— ¡Está impreso! repetía con desesperacion el desdichado Scévola.

— ¿Y de dónde viene este papel? continuó el voluntario: ¿quién nos le envía? Algun emigrado, quizás algun traidor. Aquí se dice que París está en poder de la reaccion. Si así fuera, amigos míos, comenzaría por declarar que todos los ciudadanos adictos han muerto sobre sus bancos, á manos de los húsares de Dumouriez ó los granaderos del rey de Prusia, como murieron los senadores romanos en sus sillas curules. ¿En dónde, pues, se habla de la muerte de Herault, de la de Desmoulins, de la de Cambon? Os repito que miente este papelucho. La Convencion no ha muerto. ¡Viva la Convencion!

— ¡Viva la Convencion! respondió una voz fuerte, y los soldados distinguieron á Merlin de Thionville que estaba junto á Kleber.

La alta estatura del soldado alsaciano se destacaba al lado de Merlin, que sin embargo no era pequeño. Kleber con la cabeza descubierta y su cabello crespo lleno de pólvora y de polvo, estaba uno ó dos pasos detrás de Merlin, que con el rostro encendido, chorreando bajo su sombrero de representante abollado y enrojecido al fuego, el cuello desnudo, la faja hecha pedazos y retorcido el sable, se adelantó á Miguel y alargándole la mano, le dijo:

— ¡Bien, ciudadano, bien, así es como hablan los hombres. Esos números de periódicos que siembran en Maguncia para arrancarnos la esperanza, para introducir la confusion en nuestras filas, como si la guarnicion de Maguncia y los soldados de la república pudiesen flaquear, se imprimen en Francfort por manos francesas. Son infames libelistas los que los fabrican. (Y hablando así hacia añicos el falso *Monitor*.) Los prusianos los difunden entre nosotros. Los soldados de sus avanzadas los arrojan aquí como bombas mas terribles que las otras. Ciudadanos, tomad los pedazos de estas mentiras de traidores para devolvérselos al enemigo en forma de cartuchos.

— ¡Viva la Convencion! repitieron los soldados y este grito vibrante resonó por todas partes con un entusiasmo indecible.

J. C.

(Se continuará.)

Los obeliscos egipcios

Y EL SIMBOLISMO DEL VALLE DEL NILO.

Comenzamos en este número la publicacion de M. Enrique Mathieu sobre los obeliscos egipcios y el simbolismo del valle del Nilo. Lo que sobre todo llamará la atencion en este curioso estudio, es la sencillez del procedimiento que emplea M. Mathieu para explicar esa antigua lengua de los monumentos faraónicos, tan poco conocida aun, no obstante los bellos descubrimientos de Champollion. M. Mathieu toma un texto de cualquiera época que sea, coloca bajo cada uno de los signos que le componen su valor en letras modernas, y así nos da palabras que tienen la misma significacion en hebreo ó en copto, en árabe, en celta, y principalmente, cuando se trata de inscripciones primitivas, en la lengua de los vedas, procedente del mismo tronco que el antiguo egipcio. Todos los nombres divinos que hallamos en sus fragmentos se traducen como los de los reyes, y los nombres de pueblos, ciudades y países que ha descubierto aquí y allá en las paredes de los templos y los palacios, se pronuncian exactamente como los que figuran en la geografía primitiva de los hebreos. La traduccion de las inscripciones del obelisco coronará este trabajo, que habríamos deseado poder dar mas completo, y nos revelará las últimas peripecias de las gran-

des luchas que sostuvieron los egipcios contra los *Pastores* designados en el monolito como en Manethon, con el nombre de *Hicsos*.

(Nota de la redaccion.)

En el antiguo Egipto consagraban los obeliscos al sol, símbolo del poder creador, y de aquí los nombres de *tonot*, imágen; *teri*, columna, homenaje; *obeli*, rayo, cuyos derivados tienen en copto la significacion de *columna*. Plinio el Antiguo dice que el nombre mismo de los obeliscos expresaba en la lengua egipcia la idea de un rayo solar, cuya semejanza ofrecían á la vista. *Obeliskai* significaba *columnas escritas*, como *teri-skai*, que ha venido á ser en copto, *djeri-skai*.

Los obeliscos son quizá los monumentos mas sencillos del arte egipcio; pero tanto por su imponente masa como por su prodigiosa antigüedad, estos monolitos excitan á la vez la admiracion y la sorpresa. Los hay que pasan de 32 metros y que cuentan mas de cuarenta siglos. La suma dureza del granito con que se hacían aseguraba su conservacion por tiempo indefinido, digámoslo así; pero debía oponer al trabajo dificultades tanto mayores cuanto que en las épocas primitivas faltaban á la par los instrumentos y la experiencia. Sin embargo, los mas antiguos ofrecen un acabado y una precision que no tienen jamás los de los siglos mas civilizados. Ellos nos revelan los inmensos progresos ya realizados por el genio de un pueblo en la época en que Europa no tenía todavía por habitantes mas que un corto número de salvajes; limitados á los instrumentos de piedra, refugiados en cavernas ó en lagunas y teniendo que disputar á las fieras una misera vida y los mas pobres alimentos.

Ordinariamente colocaban los obeliscos de dos en dos delante de la entrada de los palacios y de los templos. Sus aristas son siempre vivas y derechas, pero sus caras no son enteramente planas como se cree. La superficie plana de un obelisco habría parecido cóncava por la oposicion de la sombra y de la luz en los ángulos. Los egipcios, que sin duda habían observado este fenómeno, obviaron el inconveniente dando á las caras un ligero bulto que varía segun los monolitos. En el de la plaza de la Concordia es de 30 milímetros.

Cada cara de los obeliscos estaba adornada por lo comun con figuras é inscripciones dispuestas en columnas verticales y pintadas de diversos colores, como los del sepulcro de Rhamis I, del cual hay un hermoso calco en el Museo del Louvre.

En las inscripciones de en medio, cuando están en tres columnas, los caracteres ofrecen una pulimentacion perfecta y se hallan grabados profundamente; mas en las columnas laterales solo están trazados con una punta. Esta diferencia en el trabajo produce tonos variados y oposiciones á cuyo beneficio se distinguen claramente todos los detalles. Hasta se calculó la profundidad de las figuras, que es mayor por arriba que por abajo, para completar la armonía del conjunto.

Sabido es que los emperadores romanos tuvieron á gloria el adornar la capital del mundo con aquellos preciosos restos de pasados esplendores. Publio Victor en su descripcion de Roma cuenta *cuarenta y ocho*, de los cuales habia seis del mayor tamaño. Solo uno de estos monumentos ha quedado en pié desde su ereccion, pues los demás cayeron despedazados ó quedaron sepultados bajo los escombros en la época de las invasiones. Los que se han hallado en los tiempos modernos ofrecen las señales del fuego y de las mutilaciones de los bárbaros.

Dicen los historiadores que el buque que en tiempo de Augusto trasportó de Alejandría el primer obelisco egipcio, contenía 1,200 remeros y 200 marineros. La ereccion de este monolito tuvo lugar en el gran Circo, diez y nueve años antes de la era moderna. Cuando le descubrieron en el mismo sitio en 1587, estaba sepultado á mas de diez y seis piés en la tierra. Sixto Quinto le hizo erigir en la *Plaza del Pueblo*, donde aun existe. Es del siglo XVII antes de J. C. y ofrece el nombre de Sethi I, abuelo del Faraon del mar Rojo.

El mayor de los obeliscos de Roma tiene 32^m 15, y proviene de las ruinas de Tebas, como el que se ve en París. Para su transporte, los romanos construyeron una gran balsa de velas que le recibió en el Nilo, y llegó con toda felicidad á las márgenes del Tiber en el año 335, bajo el reinado de Constantino.

«Para erigir este monumento, dice Amiano Marcelino, construyeron un armazon de madera, y las vigas, palos, maderos y cordajes que habia en esta máquina, eran tantos que oscurecían el cielo. A los esfuerzos de miles de hombres el obelisco se elevó poco á poco, permaneció algun rato suspendido, y luego se colocó sin sacudimiento sobre los dados de bronce de su nuevo pedestal, á unos treinta palmos sobre el suelo. Despues le coronaron con un globo de bronce dorado, que resplandecía á los rayos del sol como un foco ardiente encendido al foco de este astro.»

En 1587 practicaron excavaciones en el sitio donde se erigió doce siglos antes el obelisco descrito por Marcelino, y le descubrieron á la misma profundidad que el de Augusto. Sixto Quinto le hizo trasportar delante de la iglesia de San Juan de Letran, su tercera estacion. Este obelisco es del siglo XVIII antes de la era moderna, y tiene las leyendas del Faraon Thot-Mosi III, que los griegos llaman *Mæris*, alteracion de *Mai-ré*, sobre nombre que significaba *Amado del Sol*.

El mas antiguo de los obeliscos conocidos se halla aun en Egipto, á dos leguas del Cairo, en medio de las ruinas de la antigua *Pei th'oun* (casa del dispensador de vida), que Moisés llama *Pithom* (Exodo, c. I, v. 11), y que los griegos llamaron posteriormente Heliopolis (1). Este ofrece las leyendas de Osortasen I, jefe de la XII^a dinastía, que segun los datos trasmitidos por Manchen, habría reinado á mediados del siglo XXX antes de la era cristiana. De todos los obeliscos elevados por los Faraones en la Ciudad del Sol, es el único que ha quedado en pié en el puesto que ocupaba hacia ya largo tiempo cuando Abraham bajó á Egipto. Su base está hundida en el suelo, y aun el mismo monolito está sepultado unos dos metros.

Las diferentes inscripciones de los obeliscos ofrecen un gran número de esas abreviaturas que Plinio llama *anaglifos*.

Anaglyphæ dicuntur supereminentes picturæ sicut feri solet in frontibus.

Así, por ejemplo, las iniciales J. L. P. D. M. P. grabadas en el frontispicio de un templo de Marte, se leían:

JOVI LIBERATORI PRIMUM, DEINDE MARTI PUGNATORI.

Las iniciales de esta especie, que entre los romanos servían para expresar las fórmulas consagradas, están explicadas en su mayor parte por los autores; pero la ignorancia en que aun se encuentran los egiptólogos relativamente al valor real de un crecido número de geroglíficos, les detiene necesariamente en la interpretacion de los textos, y la dificultad aumenta cuando los grupos de toda una frase están representados por un corto número de caracteres no separados por una puntuacion cualquiera. Además, las inscripciones religiosas ó monumentales presentan una gran cantidad de emblemas cuya explicacion no se ha dado aun, y toda una série de aquellos signos de que habla Clemente de Alejandría, que expresaban por si solos ideas á veces muy abstractas.

Champollion hubo de renunciar á explicar esta taquigrafía mística; pero indicó la vía que se debía seguir para encontrar la clave. Desgraciadamente se prefirió apelar á las hipótesis, y por esta razon el campo de los egiptólogos se asemeja hoy al de los trabajadores de Babel.

La teología del antiguo Egipto explica todo su simbolismo. La Biblia, el Zend-Avesta, los Vedas, los libros de Thot y los de los Gnosticos, facilitan la inteligencia de las fórmulas religiosas de todos los cielos egipcios. En cuanto á las simples abreviaturas, los textos dan su justificacion á cada instante. Así, por ejemplo, la palabra compuesta *phra-on* (Faraon) que, en los cartuchos de los reyes de Egipto se figura ordinariamente por un disco solar, se halla escrita con todas sus letras en el obelisco de Louqsor, donde se lee:

PHRA - ON EM THO NIM
El sol vivo del mundo entero.

De este modo también la palabra *api* (grande), que en los títulos reales se representa ordinariamente por una abeja, se encuentra escrita con todas sus letras en lugar de ese emblema en la tercera columna de la misma cara del obelisco.

H. M.

(Se continuará.)

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

Entre tanto las hachas de los acometedores derribaban varias ventanas tabicadas del cuarto bajo, las maderas sorprendidas crujían y la voz de Fink resonó:

— Derribadlos con las culatas de vuestros fusiles.

Antonio y el forjador se lanzaron hácia las ventanas por las que los sitiadores intentaban penetrar en el castillo. Cuando llegaron la tarea mas peligrosa estaba ya igualmente terminada. Fink corrió á su encuentro, llevando en la mano la ensangrentada hacha de un insurgente. Arrojó esta arma lejos de sí y gritó á la tropa de Antonio:

— Cerrad las aberturas de las ventanas con nuevos tablones. Creo que ya hemos dado fin á la carnicería. Despues de algunas descargas de los sitiadores desde

(1) El Ser Supremo suele llamarse *el Vivo* en las inscripciones egipcias como en la *Biblia*. Cuando el Sol, emblema de Su Majestad y de su poder, vino á ser la principal divinidad de los egipcios, le atribuyeron el mismo título, y de aquí el nombre dado por los griegos á la ciudad que le estaba consagrada especialmente. Las inscripciones geroglíficas le llaman también *Pe-On* (Casa del Vivo).

afuera y de algunos tiros sueltos de los sitiados desde lo alto de la torre, el silencio se restableció en el castillo y la llanura. Una rojiza claridad reflejaba todavía en los muros del castillo, pero cada vez era más pálida y débil.

Se levantó algún vienteccillo y rechazó el humo que salía por las ventanas formando torbellinos, elevándose también de los restos que ardían delante de la puerta. El aire puro de la noche llenó nuevamente por completo el corredor y el vestíbulo, y la luz de las estrellas brilló tranquilamente sobre las figuras de los defensores, sobre sus descoloridas mejillas y sus hundidos ojos.

Las fuerzas de los combatientes estaban agotadas; en el castillo, lo mismo que entre los sitiadores dispersos por los campos.

— ¿Qué hora es? preguntó Fink, acercándose a Antonio, que observaba los movimientos del enemigo a través de las espilleras del vestíbulo.

— Mas de media noche, contestó Antonio.

Subieron juntos a la torre y miraron en derredor de sí. El campo estaba desierto.

— Esas buenas gentes han ido a dormir, dijo Fink; las fogatas de allá abajo se extinguen; se oyen todavía algunas voces por la parte del pueblo y las sombras que se divisan a alguna distancia demuestran que se nos vigila. Han colocado al rededor del castillo una larga cadena de centinelas que nos hacen la guardia; tenemos en nuestro favor algunas horas de tregua, y como mañana, al apuntar el día, no podremos descansar a nuestra satisfacción, es necesario que nuestra gente aproveche estos momentos de reposo que se les conceden; no mantengas más que los centinelas necesarios y que se releven cada dos horas. A menos que ocurriese alguna novedad yo también iré a acostarme. Hazme despertar en el momento que se oiga el menor ruido. Sé, mi buen Tony, que vigilarás perfectamente los puestos durante la noche.

Después de dejarlo así todo dispuesto, Fink se fué a su cuarto, se echó en su cama y se durmió al cabo de pocos minutos. Antonio corrió al cuerpo de guardia, distribuyó los centinelas acompañado del guardabosque y fijó el orden que debía seguirse para el relevo.

— Yo puedo pasar sin dormir, dijo el anciano guarda; primero a causa de mi edad y luego como cazador; si quereis, yo me encargaré de la vigilancia de los puestos y velaré porque todo esté en orden.

Antonio fué a echar una mirada al patio y a las cuerdas. Todo estaba tranquilo; solo los caballos pateaban resonando en el suelo el ruido de sus herraduras. Abrió suavemente la puerta de los aposentos de las mujeres, porque era en la segunda pieza donde habían colocado a los heridos.

Vió a Leonor sentada en un taburete al lado de un lecho de paja, teniendo a sus pies a dos de las mujeres forasteras. Se inclinó sobre el rostro de los heridos, cuyo rostro macilento, y los cabellos en desorden contrastaban singularmente con las blancas almohadas que Leonor había llevado de su propia cama.

— ¿Cómo están? preguntó Antonio en voz baja.

— Hemos procurado vendar las heridas, contestó Leonor. El guardabosque me ha dicho que los dos pueden curar.

— Entonces, continuó Antonio, dejad el cuidado de los heridos a esas dos mujeres, y aprovechad vos también estas horas de reposo.

— No me habéis de reposo, dijo Leonor levantándose; estais aquí en una sala mortuoria.

Le cogió por la mano, le condujo al otro extremo, y levantando una descolorida manta que cubría un cuerpo tendido en tierra:

— ¡Está muerto! dijo con ahogado acento; ha espirado en el momento en que yo le levantaba en mis brazos. Su sangre ha teñido mi vestido y no es la única que se ha derramado en este día. Soy yo, gritó con apasionado acento, estrechando convulsivamente la mano de Antonio, soy yo quien he dado la señal para el derramamiento de sangre; no sé cómo podré soportar esta maldición y cuál será mi vida a contar desde hoy. Si debo ocupar todavía un lugar en este mundo, es en esta habitación; dejadme Wohlfart, y no os inquietéis por mí.

Y separándose volvió a ocupar su taburete, cerca del tablado. Antonio tendió la manta sobre el cadáver y salió silencioso del aposento.

Fué al cuerpo de guardia y cogió un fusil.

— Guardabosque, dijo, subo a la torre.

— Cada cual tiene su gusto, dijo gruñendo el anciano. El otro obra más cuerdate, duerme. Pero empieza a hacer frío allá arriba y es menester que no permanezcais allí sin capa.

Envió una capa a Antonio y ordenó al hombre que la llevaba que se quedara al lado del joven administrador. Este se cubrió con aquella refrigerante prenda e invitó al aldeano a que se tendiera en el suelo para dormir. El permaneció sentado, con la cabeza apoyada en la pared encima de la cual Leonor se había inclinado para disparar su fusil.

Sus pensamientos volaron más allá de la llanura y de la sombra actual a un incierto porvenir. Su mirada divagó por el círculo que describían los centinelas enemigos, y al otro lado del recinto más sombrío formado por los pinos, y se encontraba retenido y ligado a una vida que le parecía muy distinta de la suya si la viera escrita en un libro.

Su fatigado espíritu consideraba sus propias aventuras como si fueran de otro; leía entonces en el fondo de su alma los sentimientos que la devoradora actividad

de aquel día apenas le había dejado tiempo de profundizar. Veía pasar por delante de sí su pasada existencia: la figura de la castellana en el balcón de su castillo; la linda joven en la barca, rodeada por los cisnes; el brillo de las luces en el salón de baile; el triste momento en que la baronesa le entregó sus aderezos, y finalmente, aquellos en que los ojos de Leonor habían buscado su mirada con tanto afecto: tenía ante su vista todos aquellos acontecimientos y reconocía perfectamente el encanto con que le habían fascinado. Lo que había encadenado su imaginación, falseado su juicio y halagado su amor propio, le parecía ahora una ilusión.

La vanidad se había complacido en alimentar en él un error al cual se había abandonado en su primera juventud. Después de mucho tiempo se había desvanecido el brillante resplandor que presentó al pobre hijo del registrador la existencia de la noble familia de Rothsattel como fuerte, digna y que debía causar envidia.

Otro sentimiento más puro había reemplazado sus primeras impresiones, una amistad más tierna por la única persona que se había mantenido firme cuando cedían todos los demás que la rodeaban. Y hoy, ella también se separaba de él. Tenía el convencimiento de que este era un hecho consumado y que cada día debía ser más irrevocable. Lo sentía ahora sin dolor, como una cosa natural que debía suceder.

Sentía además que este le libraba de los lazos que hasta entonces le habían ligado a las señoras del castillo. Levantó de nuevo la cabeza y dirigió sus miradas a lo lejos al otro lado de los bosques. Se echaba en cara el no experimentar mayor dolor por esta pérdida, y un momento después se reprochaba aun el haberlo sentido.

En el fondo de su alma soñara un vago deseo que apenas se había atrevido a confesarse; había esperado asegurar un día la posesión de la bella joven, objeto de todas sus ilusiones, y pertenecer para siempre a la familia por la que se sacrificaba en aquellos momentos de debilidad, los condenaba ahora. La nobleza y la generosidad no habían sido siempre su norte.

Mirando a Leonor, pensamientos interesados y personales habían tenido cabida en su alma, y esto por su parte era mal hecho. También era justo que se encontrara en la actualidad solo en medio de extranjeros, en relaciones que le herían porque no estaban limpiamente definidas, y en una posición de la que no podía salir por su voluntad, ni ahora, ni tal vez en un porvenir lejano.

Y sin embargo se creía libre.

— Cumpliré con mi deber y no pensaré más que en su felicidad, dijo en alta voz.

— ¡Su felicidad! pensó en Fink, y en sus maneras que le imponían siempre, lo que no dejaba de contrariarle. ¿Sabría corresponder Fink al cariño de Leonor? y estos lazos ¿tendrían el poder de encadenarle?

— ¡Pobre Leonor! dijo suspirando.

Antonio permaneció así abismado en sus reflexiones, hasta que un brillante resplandor cruzó del Norte al Este del horizonte y se elevó en el cielo una débil claridad anunciando la próxima salida del sol.

Dirigió todavía una mirada al paisaje que rodeaba el castillo. Podía ya contar las centinelas de los campesinos que estaban colocados en parejas al rededor del edificio. Por distintos lados brillaban con mayor fuerza algunas picas en forma de guadaña.

Se inclinó y despertó al hombre que se había dormido a sus pies, en el suelo inundado de sangre de su camarada herido de muerte.

Volvió a bajar al cuerpo de guardia y se echó en la paja que el guardabosque sacudió y extendió cuidadosamente. Se durmió en el mismo momento en que la alondra se levantaba de la tierra humedecida por el rocío para anunciar con su canto la proximidad del día.

V.

Al cabo de una hora el guardabosque despertó a Antonio, que experimentó grande extrañeza al encontrarse echado en el cuerpo de guardia entre gente extraña.

— Casi es un pecado turbar vuestro sueño, dijo el honrado anciano. Reina completa tranquilidad ahí fuera; la caballería enemiga se ha retirado hacia Rosmin.

— ¿Se ha retirado? exclamó Antonio. En ese caso estamos libres.

— Queda todavía la gente de a pie, dijo el guardabosque. Son exactamente doble número que nosotros y nos tienen cercados. Debo advertiros que en la cuba grande no hay agua. La gente se ha bebido la mitad y el resto ha servido para apagar el incendio. Yo por mi parte no tengo sed, pero el castillo está lleno de hombres que no podrán pasar todo el día sin tomar un sorbo de agua.

Antonio se lanzó de su lecho.

— Este es mal modo de despertar, amigo mío.

— No podemos servirnos de los pozos, continuó el anciano. Pero ¿si enviáramos una de las mujeres a buscar agua al arroyo? Los sitiadores no harán daño a las mujeres y tal vez no les impedirán llenar algunos cántaros.

— Algunos cántaros, dijo Antonio, no sería un gran alivio.

— Sin embargo, eso os refrescaría un poco, contestó el guarda. Será necesario repartirlos entre todos. Si

Rebeca estuviera aquí, ella nos traería agua; pero en defecto suyo nos veremos obligados a servirnos de otra muchacha. Ya sabéis que esos majaderos no son muy fieros con las mujeres que no se asustan de sus requiebros. Si quereis, yo probaré fortuna con una de vuestras cotorreras.

El guardabosque llamó hacia la cocina:

— ¡Suska!

La joven polaca subió desde el subterráneo.

— Escucha, Suska, dijo el guarda con aire reflexivo; cuando el señor baron despierte, pedirá agua fresca y en el castillo no hay una gota. Tenemos bastante aguardiente y cerveza para beber; pero ¿quién se lava las manos con cerveza? Toma en seguida los cántaros y vé a buscar agua. Tú te arreglarás bien con tus vecinos militares. Pero no te entretengas demasiado charlando con ellos, ó de lo contrario el baron armará un gran alboroto... Escucha, pregunta de paso a esos hombres, aprovechando la ocasión, por qué están siempre ahí con sus picas. Los jinetes se han marchado ya y nosotros no nos opondremos a que ellos hagan lo mismo.

Suska cogió los cántaros sin replicar; el guardabosque abrió la puerta de la casa y la jovencita se dirigió tranquilamente hacia el arroyuelo. Antonio la siguió con la vista algo inquieto.

Suska llegó a su destino sin obstáculo, y sin inquietarse por la proximidad del centinela que la miraba con curiosidad.

Al fin uno de los hombres armados con hoces se adelantó hacia Suska, que puso el cántaro en el suelo y se cruzó de brazos. Los dos entablaron una tranquila conversacion. El polaco acabó por coger los cántaros, los hundió en el arroyo y los devolvió llenos de agua a la joven, la cual los condujo al castillo sin el menor embarazo.

El guardabosque abrió nuevamente la puerta y dijo sonriendo:

— ¡Bravo, Suska! ¿Qué te ha dicho el centinela?

— Tonterías, contestó ruborizándose. Me ha dicho que debía abrirle la puerta y a él y a sus camaradas, cuando se presenten de nuevo delante del castillo.

— No me disgusta la idea, dijo el guarda con malicia. ¿Segun eso quieren dar un nuevo asalto al castillo?

— Seguramente, contestó la joven. Los jinetes han ido a ponerse al frente de las fuerzas que hay en Rosmin, y cuando vuelvan todos juntos deben dirigirse nuevamente sobre el castillo.

— Ya procuraremos impedirles la entrada, contestó el guardabosque. Nadie será admitido más que ese amiguillo tuyo. Tú se lo habrás ofrecido, ¿no es así, si viene solo y durante la noche?

— No, contestó Suska irritada; pero yo no podía mostrarme ofendida por su petición.

— Tal vez podremos renovar la prueba, dijo el guarda a Antonio con acento interrogador.

— No lo creo prudente, contestó este; uno de los oficiales se acerca al centinela; ese pobre diablo será castigado rudamente por su demasiada complacencia. Vamos, partamos nuestra reducida provision. La mitad del primer cántaro para la familia del baron, la otra mitad para nosotros; el segundo cántaro servirá para hacer la sopa esta mañana para las mujeres y los niños.

El mismo distribuyó el agua en distintos jarros y ollas y encargó al forjador la vigilancia.

— Esta es la mayor contrariedad, le dijo al guardabosque, que hemos debido sufrir durante el sitio. Yo no sé todavía cómo pasaremos el día.

— Son posibles muchas cosas, contestó el guarda.

Se presentaba un hermoso día de primavera; el sol apareció brillante a los ojos de los defensores del castillo en un cielo límpido donde no se advertía el más mínimo celaje; por detrás del corral de la granja y a poco rato sus dulces rayos templaron la atmósfera húmeda que se respiraba al rededor de los muros de la ciudadela. Las gentes buscaron con afán el rincón del patio bañado por el sol; los hombres se sentaron con sus mujeres y sus hijos en pequeños grupos; todos estaban llenos de confianza. Antonio se colocó en medio de ellos.

— Es necesario tener paciencia, tal vez hasta después de comer. Entonces probablemente llegarán nuestros soldados.

— Si las gentes de allá abajo no se mueven más que ahora, podremos permanecer tranquilos, contestó el forjador; están inmóviles como postes clavados en tierra.

— Ayer perdieron su valor, dijo otro con desprecio. Era un fuego de paja; el forjador les quitó los sacos de debajo del carro.

— ¡Ya los tenemos acorralados! gritó un tercero.

El forjador cruzó los brazos sonriendo con orgullo, y su mujer le miró con aire satisfecho.

En este momento, todo se animó en el primer piso. El baron tocó la campanilla y pidió noticias. Antonio subió para referirle, así como a las señoras, lo ocurrido. Luego entró en el cuarto de Fink para despertar a su amigo, entregado todavía a un profundo sueño.

— Buenos días, Tony, dijo Fink pláceramente estirándose. Bajo al momento. Si por tu mediación me facilitarás un vaso de agua, te quedaría muy reconocido.

— Voy a buscarte una botella de vino, contestó Antonio. Hoy no podrás lavarte con otra cosa.

— ¡Diablo! exclamó Fink. ¿Ya estamos en eso? Espero a lo menos que no será vino tinto.

— Nos quedan en total unas pocas botellas, continuó Antonio.

— Eres un pájaro de mal agüero, dijo Fink buscan-

do sus botas. Pero tendrás mucha mas cerveza en la bodega...

La necesaria para dar de beber una vez á la gente. Un barrilito de aguardiente es en este momento nuestro mayor tesoro.

Fink silbó la tonada de la marcha del feld-mariscal Dessau.

— Ahora verás, amigo mio, que tu compasion hácia las mujeres y los niños era un poco patética. Ya me parece que te veo en espíritu delante de mí, con las mangas arremangadas, matando la escuálida vaca, y metiéndola á pedazos en la boca del hambiento populacho. ¡Tú en medio y cincuenta bocas abiertas en derredor. Corta sin tardanza una docena de varas de abedul, porque dentro de pocas horas oirás levantarse hasta el cielo los gritos de los niños famélicos, y á pesar de tu humanidad te verás precisado á medirles las costillas. Por lo demás creo que ayer dejamos bien

puesto el honor del pabellon. Héme ya repuesto de la fatiga; ¡ahora que vengan las cosas como quieran! Veamos qué hace el enemigo.

Los dos compañeros subieron á la torre. Antonio refirió lo que habia llegado á su noticia; Fink examinó escrupulosamente el cordon establecido por los sitiadores, y siguió, con ayuda de su catalejo, la línea del camino hasta donde este desaparecia entre las sombras del bosque.

— Nuestra situacion es demasiado tranquila para que nos inspire confianza, dijo retirando el antejo.

— Quieren sitiarnos por hambre, dijo Antonio seriamente.

— Los creo capaces de una intencion semejante, y no calculan mal, porque sea dicho entre nosotros, dudo mucho que podamos recibir socorro á tiempo.

(Se continuará.)

Los pescadores de salmon en el Rhin.

Todo el mundo sabe que el salmon es un hermoso pez que lo mismo vive en el agua dulce que en el agua salada. Su cuerpo, que varia entre 40 centímetros y un metro 20 ó 30, es largo, con la cabeza puntiaguda, las escamas redondas y pequeñas, cortadas por líneas concéntricas. Su lomo es de un color de pizarra azulado y sus plateados flancos tienen manchitas oscuras y tambien se ven en su cabeza gruesos puntos negros. Los aficionados, no menos que los pescadores, saben muy bien que los mejores y mas exquisitos salmones que tienen la cabeza relativamente pequeña, con el cuerpo gordo y redondo, es señal de que su carne es sabrosa. En estos las escamitas están como perdidas en el espesor de la piel.



Los pescadores de salmon en el Rhin.

En la estacion del desove, esto es, de junio á fines de setiembre, los salmones dejan el mar y suben los rios á veces hasta muy arriba. Nada entonces les detiene, y si por casualidad encuentran algun obstáculo, como por ejemplo, una catarata, se tuercen en arco y abriéndose despues salvan la valla. Por supuesto que un salto de dos metros es para los salmones cosa fácil. Mientras suben así los rios rechazando delante de ellos la corriente con sus incansables aletas, el hombre se embosca y les espera al paso.

En Francia, en Inglaterra y sobre todo en Alemania, donde llaman *lochs* al salmon, se hacen pescas abundantes. En el Rhin hay pesquerías sedentarias, pero regularmente lo que se emplea es la barredera. En la estacion favorable, es decir, cuando los salmones se reunen para la marcha en comun y por consiguiente se presentan en número crecido, se cogen de ellos can-

tidades considerables en unas redes especiales, sujetas á estacas que clavan á 30 centímetros en la arena. Estas redes se componen de tres cuerpos, dos de grandes mallas y el otro de mallas menudas que llaman el mantel; y se fijan en los sitios en que hay corriente rápida. Ahora bien, así que un salmon entra en las mallas, le cogen con una especie de bolsa de red atada á un arco de hierro ó de madera y que tiene un mango mas ó menos largo; y cuando los salmones se reunen en crecido número cerca de las redes, tratan de pescarlos con grandes bolsas de una hechura especial. Uno de los lados del arazon ofrece un corte cuadrado, y estas bolsas tienen un mango largo por medio del cual el pescador las empuja delante de si lo mismo que un rastrillo.

Tambien usan otras redes tendidas sobre dos varas que se cruzan como unas tijeras, y estas no las empu-

jan hácia adelante, sino que las presentan á la corriente estando á pié ó en algun barquichuelo. Pero ya hemos dicho que emplean mucho en la pesca del salmon la barredera. Cuando el agua tiene mucha extension, los pescadores arrastran su barredera entre dos barcas, y en un momento dado las embarcaciones se aproximan para echar la pesca en una de ellas. Si el agua tiene poca profundidad se pesca con una barredera pequeña que los pescadores arrastran en pos de sí.

Hácia el otoño, despues del desove, el salmon se vuelve al mar. Pero ¡qué cambio entonces! Ha perdido toda su robustez y necesita un invierno para reponerse. Ya he dicho lo bastante. Sin embargo, llegamos al carnaval, vispera de la cuaresma, y era oportuno hablar de uno, al menos, de esos suculentos comestibles que templan los rigores de la abstinencia.

C. P.